

BURTON HARE

UNA MORTAJA A MEDIDA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

UNA MORTAJA A LA MEDIDA

Colección LA HUELLA n.° 117
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 46675-1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: enero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

Había sido una noche como muchas otras, ya saben: chicas, música, bebida; más chicas y más música y más bebida.

Uno puede reventar por un exceso de comida o volverse loco por un exceso de alcohol, pero, que yo sepa, jamás ha perjudicado a nadie un exceso de chicas, así que la noche había sido como muchas otras, quizá un poco mejor. La única dificultad estaba en conducir el coche por la empinada y retorcida calle de la colina, hacia mi cueva.

Hubo una época en que sentí deseos de jugar al hogar, dulce hogar, quiero decir que estuve a punto de casarme. La cosa se estropeó y no me gusta recordarla, pero de aquel episodio quedó la casa que compré con el sueño idiota de convertirla en el palacio donde vivir la pasión que una mujer había despertado en mí.

Naturalmente, fue una estupidez como un rascacielos, pero la casa estaba allí y no era cosa de abandonarla o malvenderla.

Así que me mudé a ella. Es una buena casa, después de todo. Lo malo es llegar a ella.

Lo conseguí esa noche tras no pocas dificultades, porque conducir un «Mustang» de ocho cilindros por unas curvas que ni el circuito de Monza, cargado de sueño y de *whisky*, entraña algunos riesgos.

La primera sorpresa fue llegar, por supuesto. La segunda, ver una luz encendida en la casa.

Primero pensé que me había equivocado y que había estado a punto de meterme en el hogar de algún vecino. La hubiera hecho buena.

Para asegurarme, miré el buzón que había junto a la cerca. Leí un nombre que yo conocía bien:

El mío.

De modo que era mi casa. No podía creer que me hubiese dejado una luz encendida por la mañana, así que la cosa me dio que pensar. Un tipo que hace mi trabajo es desconfiado por naturaleza.

De modo que en lugar de conducir el «Mustang» al garaje, atravesando el jardín, lo dejé en la calle y avancé cautelosamente.

La ventana abierta e iluminada correspondía al salón que no utilizaba casi nunca. Me agazapé junto a ella y atisbé con las mismas precauciones que un indio en pie de guerra.

En el primer instante no vi nada. En el segundo descubrí las piernas que sobresalían de una butaca puesta casi de espaldas a la ventana.

Puedo jurar que eran unas piernas como no se ven muchas en un día. Largas, estilizadas, con finos tobillos de bailarina y unos pies pequeños, calzados con unos zapatitos tan sencillos que debían haber costado una respetable suma.

Nunca había oído hablar de pistoleros femeninos, y menos con unas extremidades como aquéllas. En consecuencia, no había nada que temer.

Asomé la cabeza y dije:

—¿Le importaría invitarme a entrar a mi casa?

—Oí un breve gritito y luego ella se levantó, mostrándose en toda su espléndida belleza.

Yo conocía bien aquella escultura viviente. Una vez estuve a punto de casarme con ella.

—Dan… —murmuró, plantada en medio de la sala.

No repliqué. No pude, claro.

—Llevo un siglo esperándote —dijo.

—Seguro, son las tres y cuarto de la madrugada.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre, después de tanto tiempo?

Pasé una pierna por el alféizar y me colé dentro. Ella no se movió, cediéndome la iniciativa.

Estuve mirándola a placer, y juro que había mucho que ver. Su cuerpo no tenía el menor fallo y cada suave curva estaba firmemente marcada donde debía estarlo. Incluso sus pechos puntiagudos poseían las proporciones justas para que a uno le diera vueltas la sesera.

Al fin, recobré el habla.

—Siéntate y dime cómo entraste. No acostumbro dejar la puerta abierta.

—La delantera no, pero la posterior que da a la cocina, sí lo estaba. No olvides que yo conozco bien esta casa.

—Claro, la amueblamos juntos. ¿No te has servido de beber?

—No.

—Prepararé algo.

—Presumo que tú no lo necesitas, Dan.

—Aún puedo soportar un poco más, y te juro que sí lo necesito.

Llené dos vasos con *whisky* y hielo y le ofrecí uno. Sólo entonces volvió a sentarse sin dejar de mirarme tan fijamente que pensé si esperaba descubrir mis ocultas cicatrices.

Bebí un buen trago.

—Bueno, explícame qué pasa contigo, Marión.

—Me alegro de verte, Dan.

—Deja las formalidades, por favor.

—No has olvidado…

—Pues te juro que lo intenté. Hice todo lo que estuvo en mi mano para olvidar. Pero tú no has venido hasta aquí, a estas horas, para recordar tiempos pasados. ¿Qué es lo que deseas?

—Quiero que encuentres a George.

—¿Y quién es George?

Hizo un gesto de sorpresa.

—Mi marido —dijo.

Me quedé de una pieza.

—¿Y vienes a pedírmelo a mí precisamente?

—Te has convertido en el mejor investigador de toda la ciudad, en estos años, Dan.

—He tenido suerte.

—George ha desaparecido.

—Es tu marido, debes saber si tenía motivos para largarse.

—Por favor, no seas cruel. Cometí un error y lo he pagado con creces. Ahora necesito tu ayuda… ¡Dios, cuánto la necesito!

—¿Para que encuentre a tu esposo?

—Sí.

—Te contradices a ti misma, querida.

—¿Cómo?

—Dices que cometiste un error. Supongo que te refieres a tu

matrimonio…

—Ciertamente.

—Y, a continuación, afirmas que necesitas desesperadamente mi ayuda para encontrarlo.

—Así es, pero no por las razones que imaginas.

—Lo siento, Marión. Busca otro detective. Yo no podría mostrarme objetivo en este caso.

—¡Te necesito a ti! He leído todo lo que los periódicos publicaron sobre tus éxitos… lo sé todo respecto a ti, Dan. Eres el mejor…

Sacudí la cabeza de un lado a otro. Le di otro latigazo a la bebida y ella añadió:

—Te contrataré, Dan. Lo mismo que un cliente cualquiera.

—Tú no serías nunca un cliente cualquiera. Hay demasiadas cicatrices a flor de piel.

De repente, se hundió. Ocultó la cara en las manos y estalló en sollozos.

Era lo único que me faltaba.

La dejé llorar y me serví otro *whisky*. Lo que había sido una buena noche se estropeaba por momentos.

Fui a sentarme en una butaca frente a ella. Sus piernas me subyugaban, lo mismo que el resto de su soberbia figura. Era una mujer de una pieza.

Al fin logró dominarse y susurró:

—George sacó todo el dinero del Banco… hasta el último centavo. Se llevó todo el que encontró en casa, en las tiendas… Me he quedado sin un dólar, Dan. Sin nada.

—¿Te dijo que pensaba abandonarte?

—No… ni una palabra. Simplemente, llenó una pequeña maleta y se fue.

—Te aconsejo lo mismo de antes, Marión; busca otro detective. Ése es un trabajo sencillo, de pura rutina. No me necesitas a mí.

Dejó pasar más de un minuto en silencio. Luego dijo, con voz desfallecida:

—Estoy dispuesta a suplicarte, si es necesario. ¿Es que no lo comprendes? Aparte de las demás razones personales, no tengo dinero para pagar un detective.

—Ya veo.

—Pero podré pagarte dentro de un tiempo. Quedan las dos librerías y trataré de conservarlas.

—No es cuestión de dinero. Estoy dispuesto a prestarte lo que necesites.

—¡Tienes que hacerlo tú!

Tenía la cara inundada de lágrimas. Era una imagen patética.

Entonces demostré que el hombre es un animal que nunca aprende.

Dije:

—Está bien, cuéntame los detalles.

Suspiró tan aliviada, que por unos instantes fue incapaz de hablar.

Y después empezó:

—Nuestro matrimonio fue de mal en peor desde el principio, Dan. George no era el hombre que yo pensé… Era egoísta, despilfarrador…, infiel apenas sin rebozo. Tuvo aventuras con mujeres, casi desde el mismo día de la boda.

—Me dejaste a mí porque querías a alguien que te ofreciera seguridad —dije—. Mi trabajo era una continua aventura, mis ingresos estaban siempre en las nubes… eso dijiste. Yo creí que te casabas con un hombre rico.

—Yo también, pero no lo era. Supo engañarme. Quiero decirte, con todo eso, que mi interés en localizarlo ahora no es sentimental. Quiero recuperar el dinero que sea posible y pedir el divorcio. ¡Quiero separarme, y Dios sabe que si una mujer ha tenido argumentos para ello, alguna vez, soy yo!

—Dices que era infiel…

—Sí.

—¿Sabes si, actualmente, había alguna otra mujer en su vida?

Suspiró con amargura.

—Se llama Betty Woolf. No tenía reparo alguno en llamarla desde nuestra casa.

—Vaya…

—¿Piensas que ha podido marcharse con ella?

—No pienso nada. No tengo materia alguna para ello, pero eso es algo que podemos saber ahora mismo.

—¿Qué?

Tomé la guía telefónica y encontré el nombre de la tal dama.

Disqué el número y esperé.

El teléfono llamó, una y otra vez. Eran las cuatro de la madrugada, y por muy irregular que fuera la vida de la tal Woolf, era una hora como para que estuviera en el mejor de los sueños.

Al fin, alguien descolgó el teléfono. Una voz de mujer, furiosa como el demonio, ladró a través del auricular:

—¡Maldito sea usted! ¿Sabe la hora que es, hijo de tal por cual?

—Tómelo con calma. ¿Es usted Betty Woolf?

—Tengo tanto sueño que apenas lo recuerdo, pero lo era cuando me acosté. ¿Qué infiernos pasa a estas horas?

Colgué sin más explicaciones.

—La señorita Woolf está en su casa, Marión —anuncié, mirándola.

—Entonces se habrá largado solo, o tenía otra mujer dispuesta para esta aventura.

—¿No sabes si estaba metido en algún lío, aparte de ésos con mujeres? A veces un hombre huye por otras razones que por las del sexo.

—Lo ignoro, Dan, Yo me ocupaba de las librerías, y él solía llevar la contabilidad. Siempre estaba metido en negocios raros… historias para ocultar que no daba golpe.

—Era todo un punto. ¿No dejó algún rastro en tu casa, algo que nos diera una idea del rumbo que pensaba seguir?

—¿Qué podría haber dejado, Dan? No era tan tonto…

—Uno nunca sabe. Los delincuentes más inteligentes han sido cazados por cometer un error. ¿No encontraste folletos de turismo, guías de agencias de viaje, cosas así?

—No, pero tampoco lo busqué.

—Haremos una cosa, Marión. Iré por la mañana, y registraré la casa y cuanto haya dejado tu marido. Quizá encuentre algo de interés.

—¡Hazlo!, Dan. ¡Oh, santo Dios, si se pudiera volver a empezar!

—Nunca sirve de nada llorar por la leche derramada. Vete a tu casa y acuéstate. Te veré allí.

Sacudió la cabeza.

—No quiero quedarme sola en el apartamento. Ya hablé con una amiga mía, Mónica, y pasaré unos días con ella. Pero te daré las llaves del apartamento y podrás ir en cualquier momento.

Abrió el bolso y me entregó dos llaves sujetas por un artístico llavero. Antes que volviera a cerrar el bolso, pude atisbar la niquelada culata de una pequeña pistola automática.

—Ahora necesito tu dirección —dije—. Olvidas que nunca te visité.

—Claro…

Anotó unas señas en un papel y después se quedó mirándome a la cara.

—Gracias, Dan. Te lo agradezco tanto…

—No tienes nada que agradecerme. Éste va a ser un trabajo profesional. Cuanto antes te convenzas de que no se pueden volver atrás las agujas del reloj, tanto mejor.

Asintió, con una expresión amarga en su cara.

—Sólo quiero decirte que durante estos años pensé mucho en ti, Dan —murmuró.

Giró la cara a un lado para que no viera las lágrimas que otra vez desbordaban de sus ojos y echó a correr. Cuando reaccioné, ya había salido de la casa. Definitivamente, la noche se había estropeado.

Lo que yo no sabía era hasta qué extremo.

CAPÍTULO II

No encontré nada que pudiera delatar el rumbo que el marido de Marión había tomado.

El apartamento era cómodo, aunque sencillo. Se notaba la mano de una mujer en los detalles decorativos, en la sensación de un lugar donde se vivía, pero, por otra parte, uno podía darse cuenta de que algunos de esos detalles podían también poner de manifiesto cierto abandono, cierta tristeza.

Sólo al final de mi paciente búsqueda encontré los resguardos de un talonario de cheques de viaje. Las fechas eran de un año atrás, pero se me ocurrió que el tipo debió solicitar otro que estaría en vigor y me lo guardé.

Cuando me disponía abandonar el apartamento, sonó el timbre de la puerta.

Marión no tenía llaves, puesto que me las había dado a mí. Fui a abrir y no era ella, sino dos tipos de aspecto rudo y cara de pocos amigos.

—¿Es usted McAllister? —dijo uno.

—No.

Hice ademán de cerrar la puerta. Uno introdujo el pie para impedirlo y luego dio un empujón, abriéndola otra vez y tirándome hacia atrás. Se colaron dentro y cerraron la puerta.

—Bueno, sigan jugando —dije, preocupado—. ¿Qué diablos buscan?

—A George McAllister.

—Ya dije que no está en casa.

—Puede ser usted.

—Puedo ser la bella durmiente. McAllister se esfumó.

Uno alargó la zarpa y me atrapó por las solapas.

—¡No se haga el gracioso! Me revuelven las tripas los graciosos.

Decidí resolvérselas de otro modo y le incrusté la rodilla en la ingle con tan malas intenciones como pude reunir.

El tipo se fue dando tumbos, encorvado y chillando.

El otro hundió la mano en la axila. Le cacé con un zurdazo en el mentón y olvidó lo que estaba buscando para manotear en el aire. Se estrelló contra la pared, rugiendo. Salté hacia él y la punta de mi zapato casi le hizo un agujero en la barriga.

Se derrumbó y ya no gritó más.

El otro bramó, aún encorvado, aún conteniendo las náuseas:

—¡Quieto o le abraso, hijo de perra!

Me volví, a tiempo de ver un primer plano de un agujero negro y siniestro. Era el cañón de un «38», y yo nunca discuto con un revólver de ese calibre.

Se levantó, poco a poco. Tenía la cara gris y las piernas muy juntas. Pensé que estaba tan rabioso que iba a pegarme un tiro sin pestañear.

—¡Maldito sea usted, esto va a costarle la cabeza!

Yo seguía vigilando aquel revólver. El fulano metió la otra mano en un bolsillo y sacó un estuche de piel. Vi una chapa que no me gustó poco ni mucho.

—¡Policía! —Gruñó, controlando su voz—. La ha hecho buena, bastardo.

—Deberían enseñarles modales en la Academia, además de disparar con un petardo.

—Veamos sus papeles. Déjelos sobre la mesa y aléjese para que pueda ocuparme de mi compañero.

Obedecí. ¡Cualquiera no!

El dio un vistazo a mis credenciales. Se puso rojo.

—¡Un maldito detective privado! —tronó—. ¡Un sucio y corrompido privado!

—Le aseguro que me baño todos los días.

—¡Cierre la bocaza!

Se fue hacia donde estaba el otro compinche. Le levantó, gruñendo maldiciones, y acabó dejándole sentado en una silla.

—Va a caérsele el pelo… —Dio otro vistazo a los documentos y añadió—: Marlowe. Esta vez se le va a caer de verdad.

—¿Por qué?

—Está usted solo en este apartamento. ¿Va a decirme que trabaja para McAllister?

—No.

—¡Ajá! Allanamiento, para empezar. Agresión criminal a dos representantes de la Ley. Le juro que, si me empeño, aún encontraré otros cargos con que hundirle hasta la cloaca, que dicho sea de paso es donde deberían estar todos ustedes.

—Está gastando mucha saliva para no decir nada.

Me miró salvajemente. Luego miró el revólver que aún tenía en la mano y pareció sorprendido de verlo. Lo enfundó.

El otro empezó a quejarse amargamente. Recobró el resuello, poco a poco, y cuando pudo hacerlo me miró fijo.

Sin dejar de mirarme le preguntó al otro:

—¿Le dijiste qué somos?

—Sí.

—¿Y aún no le has partido la boca?

—Habrá tiempo. Vamos a llevarle a jefatura. Es un tipo importante, ¿sabes? Un detective… privado.

Ahora fue el segundo, quien se puso rojo. Se lamió la sangre que brotaba de una comisura de su boca. Tenía muy mal aspecto.

—¡Espléndido! —cacareó—. Yo me ocuparé del vergajo de goma… no van a quedarle ganas de volver a golpear a nadie, en su vida.

—Se llama Marlowe y no trabaja para el dueño del apartamento, así que también le acusaremos de allanamiento…

—Y de muchas cosas más. ¡Eh! ¿Dijiste Marlowe? Ese hijo de perra es el nene mimado de los periódicos…

—¡Me importa un cuerno!

—Claro… cuando terminemos contigo ya no serás tan guapo, Marlowe.

—¿Y si dejaran de hacer el payaso? Aún no me tiemblan las piernas.

—Ya te temblarán… ¡Andando!

Me dio un empujón y por poco no me estrellé de narices contra la puerta.

Todo el viaje en su coche estuvo amenizado por sus comentarios respecto a lo que iban a hacer conmigo. Si uno tenía que creerles, cuando yo saliera de jefatura debería irme, directamente, al

depósito de cadáveres.

Sólo que tuve suerte. Uno siempre tiene suerte si sabe cultivar amistades en todos los sectores, en todos los estratos sociales de la ciudad, desde lo más bajo a lo más alto.

Cuando me introdujeron en el edificio casi nos dimos de manos a boca con un reportero llamado Nolan Reeves. Sus artículos sobre el crimen alegraban el desayuno de millones de americanos, todos los días. Muchos de esos artículos se los había proporcionado yo.

Se quedó de una pieza al ver que me introducían a la fuerza.

—¡Eh! ¿Qué pasa contigo, Marlowe? —Cloqueó.

—Ya puedes verlo. Arresto ilegal, abuso de autoridad, malos tratos… todo lo que se te ocurra. No piensan ni registrarme.

Los dos polis volvieron a ponerse rojos. Nolan Reeves estaba entusiasmado.

—¡Ya veo los titulares! Eres un gran tipo, Marlowe.

Salió zumbando.

Pero no hacia la calle, sino rumbo al piso de arriba.

Eso les dio qué pensar a los polizontes. Se miraron.

Uno maldijo. El otro dijo algo, acordándose de mi padre.

Luego, me empujaron hacia las escaleras y subimos hasta la sala de detectives. La atravesamos y ellos llamaron a una puerta.

Sobre la puerta había un rótulo maltratado con un nombre:

«Teniente S. GAILLARD».

Sonó un gruñido y entramos.

El teniente Gaillard era un hombre que frisaba los cuarenta años, delgado y de gestos tranquilos.

—¿Quién es éste? —indagó.

Me empujaron hacia la mesa.

—Se llama Daniel Marlowe. Nos agredió, teniente. Usted mismo puede ver las señales.

—Las veo. ¿Pudo con los dos a la vez?

Eso no les gustó. Yo dije:

—Entraron violentamente a un apartamento privado. Me maltrataron gravemente de palabra, insultando al mismo tiempo a toda la profesión a la que pertenezco, y todo eso sin identificarse… Me defendí, señor, eso es todo. Cuando se identificaron fue cuando

ya estaban casi fuera de combate.

—¡Eso no es cierto! —rugió el del revólver.

—Además, mienten —añadí.

—¡Cállese! —gritó el teniente—. Sé quién es usted y cuánto le gusta salir en los periódicos, y eso no me impresiona.

Me encogí de hombros.

El que ya había hablado antes, lo hizo de nuevo.

—Lo encontramos en el apartamento de McAllister, teniente. El mismo confiesa que no trabaja para él, así que podemos acusarle, también, de allanamiento de morada.

—¿Qué tiene que decir, Marlowe?

—Trabajo para la señora McAllister. Me contrató anoche para localizar a su esposo, que ha desaparecido. Así, que dejen de soñar con cargos inexistentes.

El teniente arrugó el ceño.

—¿Lo certificará ella, Marlowe? Supongo que no ignora lo que se juega si está mintiendo.

—Ella lo certificará, firmará y sellará cuando usted quiera.

—¿Qué sabe usted de McAllister?

—Sólo que ha desaparecido.

—¿Qué esperaba encontrar en ese apartamento?

—Alguna pista de su rumbo. Ya sabe, un descuido cualquiera.

—¿Y…?

—Nada. Debe tratarse de un tipo muy vivo.

Hubo un largo silencio. Saqué un arrugado paquete de cigarrillos y encendí uno.

Al cabo, Gaillard hizo una brusca seña y los dos rabiosos policías abandonaron el despacho.

En aquel momento sonó el teléfono de comunicación interior. El teniente lo descolgó.

—Teniente Gaillard —dijo, aburrido—… sí, capitán. Esta aquí… ¿Cómo?… nadie de mi sección… no señor, nadie le ha tocado un hilo de la ropa, más bien ha sido él quien… Sí, señor.

Colgó, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Conoce usted al capitán Barry, Marlowe?

—Ni siquiera había oído ese nombre.

—Se interesa por su integridad.

—¡Qué cosas!

—¿Cómo lo explica?

—Habrá de preguntarle a él, aunque, a lo mejor, y como un caso raro, es un entusiasta de hacer las cosas legalmente.

—Deje los sarcasmos.

Yo sabía que el interés de aquel capitán de detectives sólo podía obedecer a un motivo: Nolan Reeves, el reportero.

Gaillard dijo, de pronto:

—Cuénteme eso de que McAllister ha abandonado a su mujer.

—Es un caso como cualquier otro. Arrambló con todo el dinero de la familia y se esfumó. Ella quiere echarle la vista encima para recobrar lo que pueda y solicitar el divorcio.

—¿Eso es todo?

—No hay más. Ahora quizá quiera decirme por qué sus dos esbirros se presentaron allí en plan de batalla.

—Nosotros también buscamos a McAllister. Por estafa.

—Eso es nuevo para mí.

—Cincuenta mil dólares. Le sacó una entrega a un individuo a cuenta de la venta de las librerías. Falsificó los títulos de propiedad y el primo averiguó que las dos librerías pertenecían a la mujer, no a McAllister.

—Es todo un punto, ¿eh?

—Y usted que lo diga.

—¿Cómo quedo yo, en estas circunstancias?

—Aún no lo sé. Queda el hecho de que golpeó a dos detectives de mi sección. Eso es un delito…

—No, señor. Yo golpeé a dos desconocidos que se introdujeron en el apartamento mediante la violencia, sin identificarse. Lléveme ante un juez y verá cuál es el resultado.

—Ese par de tontos…

—En realidad, quien podría presentar una demanda sería yo.

—¿Y piensa hacerlo?

—No.

Cabeceó, reflexivo.

—Lo dejaremos correr —gruñó al final—. Pero si descubre cualquier pista de ese pájaro de McAllister, deberá informarme. ¿De acuerdo?

Alargué la mano por encima de la mesa.

—Trato hecho —dije.

Estrechó mi mano.

En aquel momento se abrió la puerta y una voz gruñó:

—Estás estrechándole la mano a un escorpión, Stanley.

Me volví y ahí estaba el teniente Randall, de Homicidios.

No me gustó verlo.

Si Randall hubiese podido, mi cabeza hubiera servido para que él y sus hombres jugaran a bolos.

CAPÍTULO III

—¿Conoces a Marlowe? —exclamó Gaillard, soltando mi mano como si fuera un hierro al rojo.

—Tengo esa desgracia.

Entró y cerró la puerta. Se quedó mirándome.

Dijo:

—Aún no he perdido la esperanza de cazarlo el día menos pensado, Stanley. Con las manos en la masa, quiero decir.

—¿Qué tiene contra mí, Randall? —dije, con calma.

—Teniente Randall, para usted, bastardo.

—Señor Marlowe para usted, bastardo —repliqué, levantándome.

Cerró los puños. Desde el otro lado de la mesa, Gaillard nos recordó:

—Éste no es un cuadrilátero de boxeo. Si quieren ejercitar los puños, tenemos un excelente gimnasio, ya saben.

Randall se relajó.

—Este renacuajo —gruñó—, es especialista en ridiculizar a la policía. Es capaz de llegar a cualquier felonía por ver su nombre en los periódicos y alcanzar así publicidad gratuita. Lo malo, es que se las ingenia para que cuando eso sucede sea a costa de los pobres y tontos polizontes. ¿No es cierto, Marlowe?

—No tengo ningún maldito interés en poner en ridículo a la policía. Siempre he respetado a la policía en general, y a los policías en particular. Pero si uno lo piensa un poco, algunos policías suelen ponerse en ridículo ellos solos. Afortunadamente, son los menos.

—Además, habla bien, Stanley. ¿Qué te parece?

—Que estamos perdiendo el tiempo y yo tengo mucho trabajo —refunfuñó Gaillard—. Si no tiene nada más que decir, Marlowe,

puede largarse de aquí.
—De acuerdo.
Me dirigí a la puerta. Randall giró poco a poco siguiéndome con la mirada echando chispas.
Cerré la puerta y abandoné el edificio de la policía muy satisfecho de cómo había acabado el problema. Había tenido mucha suerte, primero al tropezar con Reeves, y segundo en dar con el teniente Gaillard en vez de con Randall, porque éste daría su mano derecha por verme colgado de una soga.
Tomé un taxi y le ordené que me llevara de nuevo a la dirección de McAllister, porque mi coche había quedado allí.
Lo conduje, despacio, reflexionando sobre ese nuevo giro. Una cosa era buscar un marido alegre, y otra muy distinta seguirle los pasos a un estafador.
Me detuve en un bar y pedí café negro. Fui al teléfono y después de consultar la guía llamé a Marión. Si había regresado a su apartamento con alguna otra llave, necesitaba hablar con ella.
No respondió nadie. Seguí consultando la guía y di otra vez con el nombre de Betty Woolf. Anoté las señas y me bebí el café.
Las señas correspondían a un pequeño *bungalow*, al final de Rose Canyon. Hube de reconocer que era un lugar tranquilo y, sobre todo, discreto, para una dama con la profesión de aquélla.
Detuve el «Mustang» a una prudente distancia, porque aún cabía la posibilidad de que McAllister se hubiera reunido con su amante y no quería alarmarle, si podía evitarlo.
Di un rodeo y me metí en el jardín, agazapado tras el seto. Luego di una corta carrera y estuve ante la puerta.
La mosquitera estaba cerrada, pero la puerta interior, abierta de par en par. No hacia tanto calor como para eso.
Abrí la mosquitera y me colé dentro.
—¿Señorita Woolf? —grité, mirando en torno.
El vestíbulo era pequeño, los muebles de serie, y bastante polvorientos. La dama no debía ser muy cuidadosa con la limpieza.
No hubo ninguna respuesta.
Di dos pasos hacia el interior. Al tercero sonó un estampido y una bala zumbó sobre mi cabeza.
Me tiré de bruces dando tumbos hasta el rincón y arrastré conmigo una mesita con la que cubrirme la cabeza.

No hubo más disparos, pero permanecí muy quieto allí porque una bala podía llegar en cualquier momento si no era prudente.

Reflexioné a toda presión. El estampido había sido agudo, casi un chasquido, como el que produciría una pistola de pequeño calibre…

Salté de pie y eché a correr hacia la primera puerta que encontré en mi camino. Ahora era cuando el héroe arriesgaba la vida en aras del Bien… como en la tele.

No arriesgué nada.

Allí no había nadie dispuesto a volarme la cabeza. Con toda seguridad, el que disparó antes había tenido mucha prisa por largarse, zumbando de la casa, mientras yo estuve ocupado salvando el pellejo.

Decidí aprovechar el tiempo, ya que me había costado un susto mi visita a la casa. Di un somero vistazo a un cuarto de baño y a una habitación llena de trastos, maletas y cajas de cartón vacías.

Luego entré en el dormitorio.

Todo él estaba decorado en tonos azules. El suelo, con la espesa alfombra azul, hacía juego con las paredes azules y éstas, con el dosel de una cama absurda.

La mujer tenía un color dorado que contrastaba con el azul. Estaba tan desnuda como el día que vino al mundo, sólo que con un ojo más.

El orificio del pequeño proyectil que la había matado, estaba justamente sobre el puente de la nariz y había sangrado poco. Sólo unas finas líneas rojas se deslizaban aún por sus tersas mejillas, como surcos en un campo de trigo maduro.

La tal Woolf había sido una dama impresionante, con curvas opulentas, descaradas; su piel tenía la tersura de la seda y uno comprendía, al verla, que algunos perdieran la chaveta por una mujer así.

Lástima que el agujerito en su frente estropeara el conjunto.

Aunque, en realidad, había estropeado algo más que el conjunto.

Cuando me serené del primer impacto, desvié la mirada y busqué sus ropas. Si estaba desnuda debía tenerlas al alcance de la mano.

—Pues señor, no pueden haberse esfumado…

Ciertamente, no estaban allí. La miré otra vez, pensando en lo

que aquella bala debía haber destruido, además de una vida. Ilusiones, proyectos, frustraciones y renuncias… todo lo que una mujer como aquélla pudo albergar en su corazón.

No comprendía por qué demonios el asesino se tomó la molestia de llevarse toda su ropa. No tenía sentido.

Me di prisa en registrar todo lo que encontré a mi paso. Si McAllister había estado con ella los últimos días, quizá fuera aquí donde cometiera el consabido error.

Como no tuviera más suerte en la cocina, en el resto de la vivienda no hallé nada.

La cocina tampoco era un dechado de limpieza. Revisé hasta los recipientes del café y del azúcar.

Nada.

Abrí la puerta de un reducido cuarto trastero. Había allí una tabla de planchar, un aspirador y sus utensilios colgados detrás de la puerta, escobas, cubos y, hecho un montón informe, sobre un estante, la funda de grueso plástico con que van equipados los aspiradores.

La saqué y detrás había un pequeño maletín, uno de esos elegantes portafolios negros con herrajes cromados que tanto gustan de utilizar los estirados ejecutivos.

Lo tomé, y pesaba lo suyo. Lo llevé a la cocina y lo abrí encima de la mesa.

Bueno, cuando uno lleva años haciendo mi trabajo ya no se asombra de casi nada. Sin embargo, en esa ocasión me quedé no sólo asombrado, sino estupefacto, porque el condenado maletín estaba repleto de fajos de billetes.

Ni más ni menos.

Cerré el maletín porque era demasiado dinero para contemplarlo mucho tiempo seguido. Fui a la salita, saqué el pañuelo y envolviendo el auricular del teléfono con él, llamé a la policía.

En otra ocasión hubiera olvidado, voluntariamente, este trámite de ciudadanía, pero con aquella fortuna entre mis pecadoras manos la cosa era distinta.

Oí una voz gruñona y dije que quería hablar con el oficial de Homicidios que estuviera de servicio.

Debí haber supuesto que sería el teniente Randall.

Fue su voz la que salió del aparato como un ladrido.

—¿Teniente? Aquí Marlowe.

—¡Condenación! ¿Qué le pasa, ahora?

—A mí nada.

—Entonces, ¿para qué condenada cosa me llama?

—Porque es usted el encargado de los fiambres y tengo uno aquí.

—¿Que tiene un qué?

—Un cadáver, teniente. El de una mujer.

Sonó una especie de explosión al otro extremo de la línea, y cuando ésta cesó, Randall dijo, a gritos:

—¡Si se mueve de ahí mandaré apalearle, Marlowe!

—Si hubiese querido largarme lo hubiera hecho sin avisarle. Tome nota de la dirección. Le esperaré.

Llegó, apenas diez minutos más tarde. Furioso, echando chispas, resentido y desconcertado también.

—Marlowe —dijo, por todo saludo—. Es la tercera vez que aparece usted junto a un cadáver desde que le conozco. Espero que, en esta ocasión, pueda empapelarlo.

—Va a tener otras cosas más importantes que hacer si quiere seguir en su puesto.

Le llevé a donde estaba el cadáver y soltó una sarta de maldiciones malsonantes.

Después ladró unas órdenes a su gente y nos reunimos de nuevo en el saloncito.

Allí dijo:

—Empiece a hablar, Marlowe. ¿Quién era esa mujer?

—Se llamaba Betty Woolf.

—¿Amiga suya?

—No la había visto en mi vida.

—Entonces, ¿por qué vino aquí?

Suspiré resignadamente.

—Esa dama, teniente, era la amante de George McAllister.

—Es usted único, aclarando las cosas. Ahora dígame quién es McAllister, no espere que le saque las palabras con fórceps.

—Creí que lo sabía. Su colega, el teniente Gaillard, busca a McAllister por una estafa de cincuenta mil dólares. Yo lo busco por cuenta de su mujer.

—Ya veo. ¿Cómo averiguó que esa chica era su querida?

—Me reservo mis fuentes de información, teniente.

—No haga frases. Sabe que puedo obligarle a hablar.

—Pamplinas. Eso no se lo cree ni usted mismo.

—Volveremos después sobre el tema…

La llegada del médico forense nos interrumpió durante un rato. Fumé pacientemente, muy preocupado, porque ahora ya no sólo era un caso de divorcio y estafa, sino de asesinato.

Cuando Randall se reunió conmigo otra vez, me espetó:

—Imagino que estuvo usted fisgoneando por la casa, antes de llamarme.

—Claro que lo hice.

—Y ahora va a decirme que no encontró nada.

—Encontré ese maletín. Ábralo, Randall.

Lo abrió. No se cayó de espaldas de milagro.

—¡Los cincuenta mil dólares de la estafa! —exclamó.

—No.

—¿Qué dice?

—No lo he contado, pero hay una montaña de fajos ahí, teniente. Es mucho más dinero que ése.

Volcó el contenido sobre la mesa y empezó a contarlo, con dedos nerviosos.

—¡El cielo me valga! —jadeó—. ¡Ciento cincuenta mil dólares!

—Hice el tonto al llamarle. Yo pude haberme quedado con él y tomarme unas vacaciones.

—¡Cállese y déjeme pensar!

Le dejé que estrujara su cerebro. Si obtuvo algún resultado práctico no lo reflejó en la expresión de su cara.

Cuando volvió a este mundo, gruñó:

—¿Qué más encontró?

—Nada más. Y debiera haber encontrado algo.

—¿A qué se refiere?

—A las ropas que esa chica debía llevar puestas antes de desnudarse. Han desaparecido.

—Ya veo… no pensé que hubiera advertido este detalle.

—Si las encuentra alguna vez, avíseme. Me intriga el hecho de que el asesino se las llevara.

—A mí también.

—Hay algo más, aún.

Me miró con desconfianza. Yo dije:

—Cuando llegué, la puerta estaba abierta y la mosquitera cerrada. Entré y me soltaron un tiro. Fue con una pistola de pequeño calibre. Luego, el asesino aprovechó que yo estaba desarmado y se largó, pero, con un poco de suerte, tendrá usted la bala en buen estado porque se incrustó en el estuco de la pared.

—Así que usted le asustó… eso explica que no encontrara el maletín con el dinero, porque no cabe duda que la mató por ese dinero…

Me encogí de hombros. Averiguar eso era tarea de la policía.

La mía, era encontrar cuanto antes a McAllister.

Cuando el teniente Randall decidió que todos ellos trabajarían mejor sin mi presencia, me largué con una idea inquietante dándome vueltas en la mente.

Yo había visto una pistola de pequeño calibre en el bolso de Marión…

Eso no era como para tranquilizarme, precisamente.

CAPÍTULO IV

Marión me había dicho que iría a pasar unos días en el apartamento de una amiga suya llamada Mónica, pero yo no sabía quién era esa dama ni dónde vivía, y si había una cosa urgente que yo quisiera hacer era entrevistarme con Marión.

De modo que empecé por visitar las dos librerías que eran de su propiedad. Estaban en lugares céntricos, eran pequeñas y no me pareció que fueran un gran negocio.

Marión no estaba en ninguna de las dos, ni la habían visto ese día.

De manera que fui directamente al apartamento donde los dos polizontes me habían trincado, con la esperanza de que Marión hubiera decidido dar un vistazo en aquel piso.

Llamé a la puerta, porque no me pareció correcto utilizar la llave si ella se encontraba en la vivienda.

La puerta se abrió y apareció un tipo grande y sólido. Llevaba una pistola en la mano y me la incrustó en la barriga antes de que pudiera pronunciar una palabra.

Luego ordenó:

—Entre. Y chitón, si quiere seguir respirando.

—¿Qué demonios…?

Me atrapó por las solapas y de un tirón me introdujo en el apartamento. Reinaba una densa penumbra. Por alguna razón que no alcancé a comprender, el tipo había corrido las cortinas y cerrado todas las ventanas.

—¿Quién diablos es usted? —le espeté, dudando de que fuera otro policía.

Nunca oí la respuesta. Yo vigilaba su pistola. Justo en aquel momento, algo grande se desplomó contra mi nuca. Hubo un

estallido de dolor y de luces, y me apagué como una vela.

Pude haber permanecido en el limbo una eternidad y no lo hubiera lamentado, porque cuando empecé a volver a este mundo despertaron todos los dolores del infierno y pensé que mi cabeza estaba dividida en siete pedazos. Zumbaba como una dinamo y alguien trasteaba en ella, seguramente para hacer de siete, catorce trozos.

Oí voces confusas. Luego abrí los ojos y cuando pude ver algo con claridad descubrí a un tipo inclinado sobre mí, trabajando en mi castigado cráneo.

Sólo que vi algo más, también: Al teniente Randall, de pie detrás del hombre inclinado sobre mí.

—¿Qué pasa? —Pude articular, tras algunos esfuerzos.

—Usted debe saberlo —dijo Randall.

El tipo que estaba sobre mí gruñó:

—Estese quieto o perderá la cabeza.

—Casi lo preferiría… ¿Qué diantre está usted haciendo?

—Unir los pedazos. ¡Y cierre el pico!

Randall dijo:

—Es usted una lumbrera metiéndose en líos, Marlowe.

—Ya lo sé. Lo que ignoro es qué está usted haciende aquí… ni por qué vino.

—Es muy sencillo; unos vecinos vieron salir a dos hombres de este apartamento. Corrían como si les persiguiera el diablo. Uno llevaba una maleta pequeña y el otro una pistola. Se asomaron, le vieron a usted tumbado en la alfombra y llamaron a la policía.

Lo digerí durante un rato. La cosa no estaba clara.

—Llamaron a la policía —repetí, cuando el médico me dejó libre —. Pero usted pertenece a Homicidios, teniente, y yo no estoy muerto todavía.

—Usted no, pero el otro tipo sí.

Di tal brinco que quedé de pie. La cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Qué otro tipo?

El médico refunfuñó:

—Siga haciendo gimnasia y verá lo que pasa con su cabeza, amigo.

—Lo sé muy bien, está a punto de caerme al suelo. ¿Qué dijo

usted sobre un tipo muerto, Randall?

—¿Es que no lo sabe?

—No.

—Hay un fulano hecho migas en el baño.

Sentí náuseas. La sola idea de que aquellos dos gorilas eran asesinos y no simples asaltantes, puso hielo en mi piel.

—Por eso me atizaron… —mascullé—. ¿Quién es el muerto, lo saben?

—Lo sabremos pronto. Por la cara que le han dejado no le reconocería ni su propia madre, pero están cotejando sus huellas dactilares.

—Éste es el apartamento de McAllister.

—Claro.

—Todo esto es un lío estúpido. ¿Por qué infiernos han venido a matar a alguien, aquí? Estaba vacío… la señora McAllister ausente, el marido desaparecido…

—Quizá volvió.

Le miré intrigado. De una habitación interior salieron dos de sus esbirros. Llevaban varios cachivaches y unas cartulinas.

—George McAllister —dijo uno de ellos—. No cabe la menor duda, teniente.

—¿El muerto? —pregunté, estupefacto.

—Si. Tenía sus documentos en el bolsillo. Las huellas de sus dedos coinciden con las de sus documentos de identidad.

Randall suspiró resignadamente.

—Ha terminado su trabajo, Marlowe —gruñó—. Acaba de encontrar al tipo.

De otra puerta salió un nuevo policía, de paisano. Hizo una seña al teniente y éste se fue tras él. Desaparecieron en aquella habitación, que correspondía a un dormitorio fuera de servicio.

Les seguí. Había un gran armario que ocupaba buena parte de una pared. Las puertas estaban abiertas de par en par y el fondo reventado de mala manera.

Bajo los destrozos quedaba una cavidad disimulada y vacía.

Randall rezongó:

—De ahí debió salir el maletín que llevaba uno de los tipos que huyeron.

Su ayudante indagó:

—¿Cree usted que le hicieron todo eso para que confesara ese escondrijo, teniente?

—Estoy por afirmarlo.

—¿Puedo saber qué diablos le hicieron? —pregunté, desde la puerta.

Randall se volvió. No parecía muy feliz, precisamente.

—Le metieron un trapo en la boca para que no gritara. Le amordazaron, encima, y tras esto le machacaron los dedos y la cara. Acabaron degollándolo y, en conjunto, es un espectáculo nauseabundo. Puede comprobarlo por sí mismo dando un vistazo al cuarto de baño, si le gustan los platos fuertes, Marlowe.

—No, gracias.

—Ahora me interesa mucho hablar con su cliente, amigo. Tal vez ella tenga una idea de lo que había escondido aquí.

—Lo dudo.

—Su opinión me tiene sin cuidado. ¿Dónde podemos localizar a esa dama?

—Tal vez en alguna de las librerías, aunque yo estuve antes y no la encontré.

—Pero usted debe saber dónde llamarla, por lo menos. Debería haber presentado informes de su trabajo, ya sabe.

—Supuse que podría encontrarla aquí, o en sus tiendas. No concreté nada al respecto.

—Eso no me parece razonable. Ustedes no trabajan de ese modo.

—Éste no era un caso como los demás, para mí.

—¿Por qué?

—La señora McAllister es una antigua amiga mía, desde sus tiempos de soltera.

Arrugó el ceño. Yo no le gustaba y cada palabra mía le intrigaba en gran manera.

—¿Quiere decir que usted y ella eran viejos amigos?

—Poco más o menos.

—Amigos… ¿íntimos?

—Usted tiene una mente sucia, teniente.

—¿Sí o no?

—No.

—Lo averiguaré, Marlowe.

—Y despilfarrará el dinero de los contribuyentes en un trabajo

perfectamente inútil.

—Entonces, sea usted más explícito.

—Aunque no es nada que le importe, le diré que en un tiempo estuve a punto de casarme con ella —dije, fastidiado hasta el límite—. Ella prefirió a McAllister y ahí terminó el romance. Eso es todo.

Sacudió la cabeza.

—Es usted un tipo con una suerte de locos, Marlowe, porque si no existiera el testimonio de los vecinos que vieron huir a esos tipos, ahora podría cargarle la muerte de McAllister, sin ninguna dificultad. ¿Se da cuenta?

Me encogí de hombros. La cabeza me dolía como el infierno, estaba fastidiado y, además, impaciente por encontrar a Marión. Eran demasiadas cosas a la vez y ninguna agradable.

Ante mi silencio pasó a otro asunto.

—¿Reconocería usted al tipo de la pistola, Marlowe?

—Probablemente, aunque había poca luz. Era un individuo corpulento, fuerte, con una cara amazacotada y ojos pequeños parecidos a dos rendijas.

—Tal vez haya suerte por ese lado. Revisará usted nuestros ficheros si no le importa.

—Lo haré, pero antes quiero buscar a la señora McAllister.

—De acuerdo. No olvide advertirme cuando la localice.

Eso equivalía a una despedida. Randall no quería que yo estuviera en el apartamento cuando llegaran los primeros reporteros.

No me importó, porque en este caso yo no deseaba ninguna publicidad. De modo que me largué cada vez más preocupado.

Hice todo lo que se me ocurrió para localizar a Marión, pero no obtuve ningún resultado.

Sólo en una de las librerías me dijeron que ella había llamado por teléfono, informándose de las ventas, pero sin concretar cuándo iría personalmente.

En la otra tienda no habían sabido nada de ella.

Hasta entrada la noche no cesé en mi intento, y para entonces tenía la impresión de que la mujer que una vez estuvo a punto de llevarme a la vicaría huía de algo, se ocultaba en alguna parte por alguna razón muy poderosa.

Y teniendo en cuenta que llevaba una pistola de pequeño calibre

en el bolso, la cosa era como para preocuparse muy de veras.

Yo tampoco era feliz, precisamente, cuando tomé el camino de mi casa de la colina. Además, la cabeza continuaba doliéndome como el demonio… Vaya día.

CAPÍTULO V

Saboreé un *whisky* y me distraje con la televisión. Hacía calor y, en alguna parte del jardín, chirriaba un grillo.

En la pequeña pantalla un cómico sin gracia realizaba heroicos esfuerzos para convencerme de que un dentífrico determinado convertiría mi dentadura en un imán irresistible para las mujeres.

Cerré el aparato y me encaminé a la cama.

Entonces llamaron a la puerta.

Miré el reloj y señalaba las doce y media de la madrugada.

Esta vez no estaba dispuesto a recibir ninguna caricia. Entré en el estudio y saqué un revólver de un cajón. Luego, fui a la puerta y abrí de golpe.

Marión me miró sobresaltada. Señaló el revólver y balbuceó:

—¿Siempre recibes así a las visitas, Dan?

—Sólo en determinadas ocasiones. Entra, estuve buscándote durante horas.

Entró y cerré la puerta. La llevé a la salita y preparé otros dos tragos.

Bebió como si estuviera sedienta. Luego murmuró:

—Leí lo de la muerte de esa mujer, Dan…

—¿Betty Woolf?

—Sí… debió ser espantoso, encontrarla de aquel modo…

—No fue agradable.

Había dejado el bolso sobre una butaca. Mientras ella sostenía el vaso de *whisky*, atrapé el bolso y lo abrí.

Dentro había una pistola niquelada de pequeño calibre, uno de esos juguetes europeos que a corta distancia, pueden liquidarle a uno tan efectivamente como un «45».

Ella no se alteró al darse cuenta de lo que hacía. Ni siquiera dijo

nada cuando olí el cañón.

Saqué el cargador. Estaba completo, y además llevaba una bala en la recámara.

Sólo entonces, murmuró:

—Yo no la maté, Dan. Ya no me importaba lo que hiciera George.

—¿Para qué llevas esa pistola?

Se encogió de hombros.

—Esta ciudad se ha convertido en una selva, tú lo sabes…

—Sin embargo, la gente no circula por ahí armada de pistolas.

Esta vez no replicó. Volvió a dedicar todo su interés al *whisky* y dejó que reinara un largo silencio.

Entonces dije suavemente:

—Tu marido ha muerto, Marión.

En el primer instante se quedó muy quieta, como si no me hubiese oído.

Después, despacio, giró la cara hacia mí y vi que estaba blanca como el papel.

—Muerto —susurró—. ¿Cómo sucedió, dónde le encontraste?

—En tu propio apartamento. Volví con la esperanza de que tú estuvieras allí. Los asesinos me sorprendieron y recibí un gran porrazo… Bueno, habían matado a tu marido.

—¿Quieres decir que George regresó a casa?

—Allí estaba, desde luego.

—No lo comprendo… no puedo imaginar una sola razón por la que volviera.

—La razón estaba oculta en el fondo disimulado del armario.

—¿Qué armario?

—Ese grande que tienes en el dormitorio de huéspedes, o como lo llames. Reventaron el fondo, y se llevaron un pequeño maletín. Debía estar oculto allí. Supongo que McAllister volvió a buscarlo y los asesinos le siguieron…

—¡Dios bendito!

—¿Tienes alguna idea del contenido de ese maletín?

—No… y nunca supe que existiera nada escondido en ese armario. No lo utilizaba… estaba casi vacío.

—Eso ya lo vi. Dime otra cosa. Me diste las llaves de ese apartamento. ¿Tenías tú otras?

Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No las necesitaba de cualquier modo, Dan. No pensaba volver en mucho tiempo.

—¿Por qué? Es tu casa, con George allí o en el infierno.

Desvió la mirada y, durante unos instantes, estuvo callada.

Después susurró:

—Tenía miedo.

—¿De qué? Aclárame eso.

—Me amenazaron, Dan.

—¿Quién?

—No sé quién era. La primera vez fue por teléfono… dos días antes de que George desapareciera.

Fui a sentarme frente a ella. Era tan hermosa que daba vértigo y comprobarlo no contribuía a aclarar mis ideas.

—Cuéntame eso, Marión.

—Un hombre llamó, preguntando por George. Le dije que no sabía cuándo volvería y entonces pronunció unas palabras extrañas… Dijo que si George no entregaba el material sería mejor que se escondiera en un pozo. Luego soltó una palabrota y colgó.

—¿Le dijiste eso a tu marido?

—Claro que se lo dije. Se asustó de tal modo que pensé que iba a desmayarse… George nunca fue un héroe, tú lo sabes.

—Dijiste que ésa fue la primera vez… ¿Y la segunda?

—Fue en la librería donde tengo una pequeña oficina… Se presentó un hombre. Su voz me recordó la del teléfono, ya puedes imaginar cómo me asusté. Empezó por querer averiguar dónde estaba George. Se enfureció cuando le dije que había desaparecido llevándose todo el dinero. No quiso creerme… y me dio de tiempo hasta la noche para ponerme en contacto con mi marido. Debía entregar el material o quien lo pagaría sería yo.

—¿No se te ocurrió llamar a la policía?

—No. Ignoraba de qué se trataba, y además, aquel hombre me advirtió que si intervenía la policía, George y yo iríamos a la cárcel, si antes él, ese horrible individuo, no nos liquidaba. Ésas fueron sus palabras.

—Ya veo…

—Todo lo que pude hacer fue venirme aquí y esperarte.

—Por supuesto, no sabes qué clase de material es el que esos

tipos buscan… o buscaban, si hemos de suponer que lo encontraron en el fondo de ese armario.

—¡No tengo la menor idea, Dan, créeme!

—El hecho de que yo te crea o no, apenas cambia nada. ¿Sabes qué cantidad de dinero reunió tu marido, antes de huir?

—Sólo aproximadamente… entre el Banco, las tiendas y lo poco que había en casa, supongo que unos quince mil dólares.

—¿Estás segura?

—No pudo llevarse más… no lo teníamos.

—Se encontraron ciento cincuenta mil en una maleta, oculta en casa de Betty Woolf.

Se quedó boquiabierta, y tardó en reaccionar.

—Es increíble —musitó—. Pero puedes apostar que no era dinero de George. Si él hubiese conocido su existencia, habría desaparecido mucho antes… llevándose hasta el último centavo, naturalmente.

—Describes a un marido que era toda una alhaja, Marión.

—Nunca fue bueno, y el hecho de que haya muerto no cambia nada.

—Habrás de declarar ante la policía; están buscándote en relación con todo lo ocurrido.

—¿También ellos sospechan de mí? —dijo, con amargura.

—En la muerte de George McAllister, no. Saben perfectamente que fueron dos hombres quienes cometieron el crimen. En cuanto a Betty Woolf… Bien, la mataron con una pistola de pequeño calibre, y, además, dispararon contra mí. Era un arma semejante a esa que tú llevas y que yo vi en tu bolso la otra noche.

Me miró serenamente. Esbozó una leve sonrisa.

—Nunca he disparado esa pistola, Dan… y jamás dispararía contra ti… jamás.

—Yo no dije que lo hicieras, pero quise estar seguro del terreno que piso. De cualquier modo, voy a quedarme esta pistola hasta después de tu entrevista con la policía, así no habrá complicaciones.

Asintió con un gesto y susurró:

—Necesito beber algo, Dan.

—Claro.

Preparé otros dos vasos y ella vació el suyo, rápidamente. Suspiró.

—Apenas puedo creer que George esté muerto —dijo, pensativa —. Es una situación tan inesperada…

—¿Qué piensas hacer, ahora?

—Continuar con las librerías. Es lo único que me queda para vivir.

—¿Y el apartamento?

—Lo dejaré. No pienso volver allí… buscaré otro que no guarde ningún recuerdo amargo entre sus paredes.

Encendí un cigarrillo y dejé transcurrir una larga pausa.

Después dije:

—De cualquier modo, el asunto, en lo que a mí concierne, ha terminado, Marión.

—Lo sé, y te agradezco lo que has hecho. Podré pagarte en unos días.

—Olvídalo. Puedo sobrevivir sin pasarte factura a ti.

—¿Sabes? Es una sensación extraña agradecerle algo a un hombre… hace mucho tiempo que sólo experimentaba lo contrario. No había nada que yo pudiera agradecerle a George. Y también me siento extraña, al saberme libre… aunque haya sido de esa trágica manera.

—Te costará adaptarte a la nueva situación.

Hubo otra larga pausa. Me disponía a romperla cuando llamaron a la puerta.

Hice desaparecer la pequeña automática en un bolsillo y acariciándola todo el tiempo fui a abrir la puerta.

El teniente Randall esbozó apenas un saludo y se coló sin más trámite.

Si el día había sido malo, la noche se anunciaba peor.

Capítulo VI

—De modo —gruñó, cuando hube hecho las presentaciones sin ningún entusiasmo—, que no se molestó en llamarme… a pesar de que sabía perfectamente el interés que tenemos en interrogar a esta mujer. Es usted una gran ayuda, Marlowe.

—Yo mismo pensaba acompañarla a su despacho por la mañana, teniente. No creí que a estas horas fuera conveniente que la señora McAllister pasara otro mal rato.

—No me tome por tonto. Supongo que la ha informado de lo ocurrido.

—Ciertamente.

—¿Incluso del escondrijo del armario?

—También, pero ella lo desconocía.

—Eso será mejor que lo cuente ella. No abra la boca hasta que yo termine, Marlowe, o habré de interrogarla en mi oficina. ¿Entendido?

—Adelante, pero recuerde que ella es la viuda de ese hombre, no una delincuente habitual. Recuérdelo cuando haga sus preguntas o se encontrará con un regimiento de abogados en los talones.

—Ya conozco esa música.

Durante treinta largos minutos disparó pregunta tras pregunta. Marión replicó con relativa serenidad, tal vez porque no tenía nada que ocultar, excepto la posesión de la pequeña automática.

Cuando finalmente Randall agotó las municiones, dijo:

—Ese hombre que la visitó en su despacho de la librería… ¿Lo recuerda usted bien?

—Naturalmente.

—Así que podría reconocerlo si lo viera otra vez.

—Con toda seguridad.

Buscó algo en sus bolsillos y sacó unas fotos.
—Eche un vistazo a estas caras, señora…
Ella tomó las fotografías. Me levanté, rodeé su butaca y las examiné por encima de su perfumada cabeza.
Marión exclamó:
—¡Es ése, teniente!
Yo dije:
—El mismo tipo que me puso una pistola en la barriga.
Nos miró con gesto sombrío:
—¿No hay ninguna duda por parte de los dos?
—¡Era ése el que estuvo en mi oficina!
—Por mi parte, estoy seguro también, teniente. Ese fulano empuñaba la pistola en el apartamento de McAllister.
—Ya veo.
Se guardó las fotos otra vez.
—Me gustaría saber cómo los han localizado tan pronto, Randall —dije—. Estoy realmente asombrado… porque yo sólo le facilité una ligera descripción.
—No los localizamos. Esos dos tipos han sido asesinados esta noche, cerca de Watts. Estaban fichados, y uno tenía un aspecto semejante al que usted describió. Quise comprobar si mi corazonada era cierta y por eso vine.
Marión contuvo el aliento.
—De modo que les han dado su premio por saber demasiado… Teniente, esos dos crímenes cierran el círculo. Eran sus únicas pistas.
—Ya lo sé. Les han hecho pagar el que le dejaran vivo a usted, sin ninguna duda.
—Eso demuestra la clase de juego que está en marcha, teniente. Debe ser algo muy grande.
—No me dice nada nuevo —replicó, huraño.
Se levantó. Había perdido una buena parte de su agresividad. Lo atribuí al cansancio que reflejaba en toda su actitud.
—Señora McAllister —gruñó, como despedida—, si recuerda usted cualquier dato relacionado con los manejos de su marido, llámeme a jefatura. Ya sabe… alguna cosa sobre ese escondrijo, si le vio manejar dinero sin justificación, alguna vez. Todo puede ayudamos.

Ella asintió en silencio. Acompañé al policía a la puerta y allí él me soltó:

—¿Va a pasar la noche con usted, Marlowe?

—Le dije que tiene una mente sucia, Randall.

—Ya lo sé. Y estoy cansado, y fastidiado hasta el límite. Pero si alguna vez un tipo ha tenido una oportunidad con una mujer, ése es usted, esta noche.

Dio media vuelta y se largó.

Deseé cordialmente que se rompiera las piernas al salir del jardín.

Cuando volví al lado de Marión, ella comentó:

—No ha sido tan malo después de todo, Dan.

—Uno nunca sabe a qué atenerse con los policías.

—Hubiera sido peor, si me hubiesen interrogado en la Jefatura, supongo.

—Habrás de ir allí en cualquier momento. Hay otro departamento que también está interesado en las andanzas de tu marido, Marión. Le buscaban por estafa.

Dio un respingo, sobresaltada.

—¿A George?

—Ni más ni menos. ¿No llegaste a saber que había engañado a un tipo, haciéndole creer que iba a venderle las dos librerías?

—¡Pero si son mías, están a mi nombre!

—Ahí radica la estafa, precisamente. Le sacó cincuenta mil dólares al primo, falsificó unos documentos, y cuando el hombre se dio cuenta tu marido había levantado el vuelo.

—Es increíble…

—De modo, que cuando se largó tenía esos cincuenta mil, más los quince que limpió del Banco, las tiendas y el apartamento, lo que suman sesenta y cinco mil. Una suma más que respetable. Y, sin embargo, regresó al apartamento para recuperar lo que fuera que tenía oculto en el armario…

—Siento que esté muerto, pero era un miserable —refunfuñó entre dientes.

—Corrió un riesgo tremendo cuando pudo haberse esfumado con una gran cantidad de dinero en el bolsillo, lo cual, si uno se detiene a pensarlo, demuestra que lo que tenía escondido en aquel condenado armario debía ser algo realmente importante y valioso.

—Ojalá pudiera decirte lo que era, Dan, pero ni siquiera puedo sospecharlo.

—Olvídalo. Si se apoderaron de esa cosa ya no tienes que preocuparte por nada.

Asintió en silencio, pero estaba preocupada.

Al fin dijo:

—¿Quieres llamar un taxi por teléfono, Dan? Creo que ya es hora de que me vaya.

—Te llevaré a donde quiera que desees ir.

—Me alojaré en un hotel, de momento. Luego ya buscaré algo definitivo.

—Dijiste que podías pasar unos días en casa de una amiga tuya.

—Mónica… pero su marido ha regresado hoy inesperadamente. Es representante, viaja constantemente y ha vuelto enfermo. Hasta en eso he tenido mala suerte.

Salimos de la casa y nos instalamos en el coche. Conduje despacio hacia el centro y hasta un buen rato después Marión no habló.

—Estaba pensando, Dan…

—¿En qué?

—En el dinero que George se llevó. No tuvo tiempo de gastar quince mil dólares.

—¿Y qué? Nunca sabremos lo que hizo de ese dinero.

—Eso es precisamente lo que quería decir… Si tú pudieras recobrarlo…

—Olvídalo.

—¿No comprendes? Todo lo que tengo es lo que se haya recaudado en las librerías…

—Localizar ese dinero sería como el clásico cuento de la aguja en un pajar. Habría que empezar averiguando los pasos de tu marido desde que huyó, hasta que fue asesinado… Un trabajo que podría durar semanas enteras.

—Yo te pagaría la mitad de cuanto recobraras, Dan.

—¿De veras quieres que lo busque?

—Sí. Además, eso serviría de excusa para que pudiera seguir en contacto contigo.

—¿Crees que eso serviría de algo? Ya te dije la otra noche que no se pueden volver atrás las agujas del reloj.

—Lo sé… pero no tengo a nadie con quien hablar, con quien reunirme de vez en cuando; con quien recordar…

—¿Cómo es eso? Todo el mundo tiene amigos.

—Yo, no. George, con su carácter tan desagradable, se encargó de que poco a poco fuéramos quedándonos solos.

—Ya veo.

De pronto engarfió la mano en mi brazo y susurró con vehemencia:

—¡Te necesito, Dan! Me siento tan horriblemente sola…

—Una mujer como tú no estará sola mucho tiempo. Mírate al espejo, si lo dudas.

—¿Vas a seguir buscando esos quince mil dólares?

—De acuerdo. Pero es preferible que no cifres muchas esperanzas en ese trabajo. Es punto menos que imposible hallar el dinero.

Se recostó contra el respaldo y cerró los ojos.

Como en un trance, musitó:

—Ahora podré soñar libremente, por lo menos, sin miedo al despertar de cada mañana.

No dije nada. Llevé el coche a la esquina de Johnson y La Rué. Ella miró la entrada del pequeño hotel y enarcó las cejas.

Yo dije:

—Si no te gusta, podemos buscar otro más importante, pero éste es muy cómodo y el servicio aún recuerda, en cierto modo, los tiempos en que el cliente era el rey.

—Me parece bien, Dan. Así sabrás dónde encontrarme.

—Te acompaño.

—No, es preferible que entre sola. Esa gente son suspicaces por naturaleza, ya sabes.

Asentí. Se quedó mirándome unos instantes, y de pronto se inclinó hacia mí y su boca se estrelló contra la mía.

Pareció como si de pronto hubiera ardido una llamarada en mis labios. Luego, se apagó y ella se apeó del coche.

La vi atravesar la acera por debajo de la marquesina y, después, desapareció. Lo que no desapareció tan fácilmente fue el sabor de su boca, de su aliento, de aquel fuego que en un instante me había devuelto a unos tiempos lejanos, casi muertos, casi olvidados…

CAPÍTULO VII

Aunque Los Ángeles es una megalópolis impresionante de lujo, sofisticación y bienestar, quedan aún algunas zonas que jamás se incluyen en las guías turísticas.

Calles sucias, sombrías, malolientes; barrios enteros donde la vida no es ningún sueño y sus habitantes no recuerdan para nada la clásica estampa del sueño americano.

El hombre que yo buscaba no podía encontrarse más que en uno de esos vertederos humanos. Era un tipo que en cualquier otro ambiente habría levantado ampollas a las conciencias acomodaticias, y él mismo se hubiera sentido contaminado.

Lo encontré en una sala de billar apestosa, donde respirar era una quimera. Estaba sentado en un rincón, solo, leyendo la última edición de un periódico de la noche.

Fui a sentarme a la misma mesa.

—¡Hola, Bernie!

—¿Cómo te va? —rezongó.

Era como si nos hubiéramos visto la noche anterior, y lo cierto era que desde siete u ocho meses atrás no le había echado la vista encima.

—No me quejo. ¿Qué quieres beber?

Se levantó y fue hacia la barra. Cuando volvió trajo dos grandes vasos de *whisky* capaces de ahogar un caballo.

—Espero que puedas pagarlos —comentó, arrellanándose en su silla—. ¿Qué andas buscando, Marlowe?

—Lo de siempre.

—Las tarifas han subido. Las cosas están mal.

—Alguna vez los confidentes deberíais declarar una huelga, para reclamar mejores sueldos.

—No estamos organizados. ¿Cuánto quieres pagar?

—Aún no sé si voy a pagarte algo, ni qué cantidad. Posiblemente no puedas ayudarme.

—Prueba a ver.

—¿Has oído algo sobre dos tipos que se cargaron esta noche, cerca de Watts?

—Seguro. Las noticias vuelan.

—¿Sabes quiénes eran?

—Eso no es ningún secreto.

—Lo es para mí.

—Cincuenta dólares.

—Por esa cantidad podría obtener hasta sus huellas digitales en la policía.

—Entonces, ¿por qué vienes a darme la lata a mí?

—Quiero los nombres y sus direcciones, y para quién trabajaban y en qué negocio.

—¿Todo eso por cincuenta miserables pavos?

—Tú fijaste la tarifa.

Suspiró.

—Denby Cord y Max Winthrop. Vivían juntos en una cueva de Long Street, al final de esta misma calle, aunque eso no es del dominio público. Apuesto que la policía aún no lo ha averiguado.

—Sigue.

—Eran tipos independientes, ya sabes lo que quiero decir. Se contrataban para trabajos de compromiso, pero últimamente se les veía mucho en compañía de David White.

—¿Quién es ése?

—Un intermediario. Astuto como el demonio y peligroso como una serpiente de cascabel.

—¿También vive por aquí?

—No, ese fulano vuela más alto. Debe estar en la guía de teléfonos, supongo.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Nadie habló de los negocios que se traían entre manos, últimamente?

—De eso, ni media palabra.

—No me ofreces mucho a cambio de mi dinero.

—¿Te parece poco?

Bebí un sorbo. Si aquello era *whisky*, uno se preguntaba a qué sabría el vitriolo…

Pagué cincuenta dólares y tomé nota de la dirección exacta de los dos asesinos muertos.

Antes de que me levantara, Bernie Peters indagó:

—¿Por qué sigues la pista de esos tipejos, Marlowe?

—No les sigo a ellos, sino que intento averiguar los pasos de un hombre al que habían liquidado. Con un poco de suerte, quizá consiga algo concreto mediante la pista de esos dos.

—No entiendo nada.

—Si quieres más información te costará cincuenta dólares, Bernie.

Se rió sin ganas y levantó el vaso antes de vaciarlo casi sin respirar. Esperé ver salir humo de sus orejas o algo así, pero por lo visto estaba habituado a semejante matarratas y sólo se estremeció.

Fui al mostrador, pagué y me largué a escape de aquella cueva.

La casa donde habían vivido los dos matarifes no tenía tampoco, mejor aspecto. La examiné desde cierta distancia y luego fui hacia el portal.

Una sombra se movió allí. Me detuve, y casi de modo instintivo cerré los dedos en torno al revólver que llevaba es el bolsillo.

Una voz susurrante, dijo:

—No te detengas, cariño. Hace mucho rato que te espero.

La dama se mostró en parte, hasta donde era posible verla en aquella oscuridad. Llevaba un escote hasta la barriga y sus grandes pechos amenazaban escaparse por el abismo.

—Toda la noche estuve suspirando por un tipo como tú —añadió—. Sabía que tendría suerte.

—Pues eres una joya vaticinando el porvenir.

—¿Verdad que sí?

—He de entrar ahí, nena, eso es todo lo que quiero.

—Déjalo para después, sea lo que sea que quieras hacer en esta pocilga. Tengo un nido cerca de aquí. Lo pasarás bien, palabra. Y por poco dinero.

—Ésta no es mi noche.

Intenté pasar y me atrapó, casi ahogándome. Llevaba un perfume asfixiante y tuve trabajo para sacudírmela de encima.

La dejé allí, murmurando obscenidades, y subí la escalera a oscuras.

La gente que vive en una choza pestilente como aquélla no suele tener cosas de valor detrás de sus puertas, así que éstas y las cerraduras no acostumbran a ser nada del otro mundo. Pude abrir la del apartamento que buscaba con la misma facilidad con que un niño destripa un juguete de felpa.

El piso hacía juego con el resto del edificio. Sucio, desordenado y maloliente. Alguien había contribuido a crear aquel desorden desperdigando el contenido de los cajones por el suelo, reventando los colchones y todo lo que uno puede imaginar para un registro a fondo.

Me quedé mirando los destrozos, un buen rato. Quienquiera que fuera el que había hecho el trabajo, lo había hecho a fondo; era todo un profesional.

No tenía objeto perder el tiempo allí, pero aún me entretuve revolviendo un poco todo aquel laberinto. No abrigaba esperanzas de encontrar nada y no lo encontré.

De una cosa sí estaba seguro: aquello no lo había desmenuzado la policía.

Abandoné el antro pestilente y abajo tropecé de nuevo con la furcia del perfume asfixiante. Me paró otra vez.

—Escucha, cariño… por cien dólares vas a pasar la noche más delirante de tu vida —propuso—. Sensaciones que nunca experimentaste, créeme… ni siquiera las soñaste. ¿Qué son cien dólares en estos tiempos, eh, puedes decírmelo?

—Son diez veces diez, si las matemáticas no fallan.

Me fui a escape antes que acertara con una réplica adecuada. Caminé por la calleja hasta la esquina donde había dejado el coche.

Apenas me acerqué a él, dos tipos surgieron como brotados de la tierra y se colocaron uno a cada lado.

—No tenga prisa, Marlowe —dijo el de la derecha—. Hay algo que queremos que sepa.

—¿Qué cosa?

—No meta las narices donde no debe. Olvídese del asunto que tiene entre manos, sea el que sea.

El otro remachó:

—La cosa está muy clara. Tómese unas vacaciones.

Les miré de reojo. Ninguno de los dos era una belleza, pero yo había visto pistoleros de mucho peor aspecto, todavía.

—Me gustaría saber por qué —dije—. Estoy haciendo un trabajo, eso es todo.

—Siga mi consejo, tómese vacaciones. O eso, o acabará descalabrado.

Tenían las manos en los bolsillos. No parecían demasiado agresivos después de todo, aunque uno nunca sabe a qué atenerse con esa clase de fulanos.

—Lo pensaré con calma —dije.

—No tiene nada que pensar. Lo toma o lo deja, nada más.

Bueno, la cosa estaba clara.

Así que hice lo que pensé que era mi obligación, dadas las circunstancias. Giré de costado y volteé la mano derecha. En la mano empuñaba el revólver y fue el cañón lo que se estrelló contra la nariz del charlatán.

Hubo un crujido de huesos machacados y un grito, y el tipo se fue dando tumbos.

El otro gritó algo y se dio mucha prisa para hundir la mano bajo su chaqueta. Yo le llevaba ventaja y la aproveché. El revólver subió de abajo arriba, como si fuera un simple puñetazo.

Lo cacé bajo el mentón. De haberle golpeado con el puño desnudo ya hubiera sido un golpe bastante malo. Propinado con el respaldo de un revólver de buen acero, fue peor.

Vi como sus ojos giraban en sus órbitas hasta adquirir el blanco absoluto. Manoteó unos instantes, mientras se desplomaba de espaldas y luego quedó muy quieto sobre la acera.

El primero que había recibido un trastazo empezaba a levantarse, entonces. Su cara era un mapa en rojo y tenía una mirada estrábica en sus ojos velados.

Le oí mascullar y también él buscó algo bajo la axila. Ése era un juego que nunca me ha gustado. Salté hacia él y le descargué un mazazo con el revólver en mitad de la cabeza.

Chilló como una rata. De entre sus dedos cayó una pistola automática de gran calibre.

Les observé unos segundos, preocupado. Luego miré en torno. No había nadie a la vista, así que aproveché el tiempo para vaciarles los bolsillos.

Me llevé la mayor sorpresa de mi vida.
Los dos charlatanes no eran hampones de tres al cuarto.
Eran agentes federales, ni más ni menos.
Dos chicos del FBI.
Salté dentro del «Mustang» y salí zumbando. ¡Cualquiera no!

CAPÍTULO VIII

Era casi el alba cuando detuve el coche delante de la puerta automática del garaje. Cerré el coche y me encaminé a la casa por la puerta posterior.

Justo cuando llegaba a ella, sonó el primer disparo.

Fue un estampido como un cañonazo. La bala pasó rozándome la oreja y sentí una sensación de quemadura, pero me zambullí en el aire y rodé en la oscuridad.

Otra arma retumbó más a la izquierda, potente y bronca como un trueno.

Me deslicé pegado al suelo con el revólver amartillado en la mano, agazapándome junto a la pared, al lado de la entrada del sótano.

Hubo un silencio. Pensé en los vecinos, que forzosamente debían haber oído los estampidos a pesar de la distancia. Si alguno tenía la brillante idea de llamar a la policía las cosas se animarían de tal modo que aquello sería un festival.

Aguardé, tenso, alerta, casi conteniendo el aliento.

Así capté el leve rumor de alguien arrastrándose junto al seto. Luego, una voz preguntó algo, en un susurro apenas audible, y el otro le replicó con sequedad.

Al fin vi moverse una sombra. Levanté el revólver y empecé a tirar del gatillo con suavidad, mientras el tipo vacilaba. No estaban seguros de si me hablan acertado o no.

Mi «38» ladró en las tinieblas. Hubo un grito terrible y luego silencio, y casi al instante dos o tres disparos en rápida sucesión procedentes de la pistola del otro.

Me alejé, mientras las balas picoteaban la pared. Cuando volví a detenerme lo hice mucho más cerca del hombre que había recibido

el balazo. Estaba muerto sin la menor duda.

Pero el otro no, y dio fe de vida con otros disparos, aunque ahora los hizo a ciegas porque ignoraba dónde estaba yo.

No repliqué, a pesar de que vi perfectamente los fogonazos de su arma. Si podía conseguirlo, quería atraparlo vivo.

Me moví con cautela, dando un rodeo para sorprenderlo, Me parecía como si, de repente, todo el jardín se hubiera llenado de rumores inquietantes.

Entonces empezó a oírse una sirena a lo lejos. No había esperado que llegasen tan pronto.

Tampoco podía esperar que el segundo asesino emboscado consiguiera escabullirse, pero eso fue exactamente lo que sucedió.

Cuando llegaron los policías del auto-patrulla, en el jardín sólo quedábamos el muerto y yo.

Hube de explicar un par de veces lo sucedido. Luego, uno de ellos fue hacia el coche para comunicar por radio, mientras el otro entraba conmigo en el *bungalow*.

El agente comentó:

—Le sangra la oreja, Marlowe. Por poco no le volaron la cabeza.

—Se precipitaron. Si hubiesen esperado a que abriera la puerta, la luz del interior me hubiera delatado como un muñeco de tiro al blanco.

—Tiene usted un trabajo muy divertido, ¿eh?

—Y usted que lo diga.

Fui al cuarto de baño y restañé el rasguño de la oreja. Por muy poco no me habían arrancado el lóbulo.

Más tarde llegaron los de Homicidios, con el inevitable teniente Randall al frente; un médico forense, enfermeros y una ambulancia, y entre unos y otros, alborotaron definitivamente todo el distrito.

Randall se fue a dar un vistazo al pistolero muerto y luego entró en la casa más sombrío que nunca.

—Esta vez, Marlowe, no negará que al tipo lo ha liquidado usted.

—No voy a negarlo. Lo que siento es que el otro lograra escapar.

—Cuénteme su historia, para empezar.

Repetí una vez más la desdichada aventura. Después formuló algunas preguntas, seguramente buscando en mi declaración algo que le permitiera echarme mano, pero a juzgar por la ceñuda

expresión de su cara no debió encontrarlo.

Al final gruñó:

—Los pistoleros profesionales, Marlowe, y éstos lo eran sin duda, no liquidan a la gente sólo porque no les guste su cara. ¿Cree usted que ese atentado está relacionado con el caso de McAllister?

—Por supuesto, no puede ser de otro modo. Es el único trabajo en que estoy metido.

—En que estaba metido. Ya encontró usted al marido de su hermosa ex novia.

—Ahí es donde se equivoca, teniente. Continúo trabajando para Marión McAllister.

—¿Con qué objeto? Se trata de un caso de asesinato, y si hemos de creer en la declaración de esa dama, maldito si tiene ningún interés en capturar a los responsables de la muerte de su marido.

—No es eso lo que quiere, sino recuperar el dinero que él se llevó, los quince mil dólares que limpió del Banco, de las librerías y de su propia casa.

—Ya veo… pero no comprendo que por este motivo alguien envíe pistoleros contra usted.

—Yo tampoco, porque a juzgar por todos los indicios, el negocio que se ventilaba entre McAllister y los que le mataron era mucho más importante que esos quince mil pavos.

Lo pensó durante un tiempo y tampoco debió encontrar ninguna razón válida para explicar esos últimos acontecimientos.

Después vinieron a buscarle para recibir el informe del forense. Aproveché para meterme en la cocina y preparar café.

Estaba saboreando la segunda taza, cuando Randall regresó.

—Le metió usted la bala en mitad del cráneo —anunció, fastidiado—. Debería usted aprender a disparar de otro modo. Un muerto nunca puede ser interrogado.

—Si hubiese disparado con más consideraciones, probablemente a estas horas yo no podría estar hablando con usted ni invitándole a tomar un café.

Gruñó, pero aceptó la taza y saboreó el café sin decir nada.

Mientras encendía, después, un cigarrillo le pregunté de sopetón:

—¿Tiene usted idea de lo que anda buscando el FBI en este embrollo, Randall?

Me miró como si me creyera loco de remate.

—¿De dónde ha sacado esa estupidez? —masculló—. Es un caso típico de asesinato que pertenece por entero a nuestro departamento.

—Los federales están metidos en esto hasta el cuello teniente.

—Creo que intenta embrollar más aún este rompecabezas. Nos hubieran avisado si se tratara de un caso federal.

—Quizá no, si es algo de tal envergadura que quisieran mantenerlo secreto todo el tiempo posible.

—Dígame cómo ha llegado usted a la conclusión de que hay federales en el caso, Marlowe.

—Si le dijera cómo lo supe, no le gustaría. Sólo le diré que dos de ellos me ordenaron olvidarme del asunto y tomarme unas vacaciones.

Estaba perplejo, de eso no cabía duda.

—¿Y está seguro de que eran hombres del FBI?

—¡Ya lo creo que estoy seguro!

—Lo comprobaré —dijo, entre dientes—, no permitiré que nos aparten del caso, Marlowe.

Esperó a que se llevaran el cadáver del pistolero y tras esto se largó a escape. Ya tenía algo más de que preocuparse.

Quedaba todavía un pequeño grupo de curiosos en la calle cuando apagué las luces y me acosté.

Mi último pensamiento antes de dormirme fue que, con federales o sin ellos, iba a resultar muy complicado echarles la vista encima a los quince mil dólares de Marión.

Capítulo IX

Durante el día siguiente me dediqué a patear las calles pulsando algunos resortes aquí y allá. Era un trabajo aburrido y rutinario que no me llevó a ninguna parte positiva, puesto que McAllister no había dejado el menor rastro antes de hacerse matar.

Al anochecer busqué en la guía el nombre del peligroso tipo del que me había hablado Bernie y fui a dar un vistazo al lugar donde vivía.

Realmente, el hombre volaba más alto que sus pistoleros. Vivía en una esquina de La Brea, en uno de esos grandes edificios de apartamentos de lujo con portero, jardín en la entrada, vestíbulo palaciego y garaje subterráneo.

Descendí la rampa del garaje. Abajo había una extensa exposición de coches caros, algunos de importación. Revisé cada una de aquellas carrozas hasta que vi la patente a nombre de David White en un hermoso «Mercedes» plateado.

Me fui a un rincón y me dispuse a esperar.

En cuestión de una hora salieron cinco coches y entraron dos. Luego, un hombrecillo delgado y elástico salió del ascensor y fue hacia el «Mercedes».

Me deslicé detrás de él y le incrusté el cañón del revólver en la espalda. Se quedó muy quieto, tan rígido como una tabla.

—No vuelvas la cabeza —le advertí—. Si me ves la cara, tendré que matarte. Esto es un atraco.

—Estás loco… vas a meterte en el peor lío de tu vida.

Lo dijo sin alterar demasiado la voz, pero evitó la tentación de girar la cabeza para verme.

—Apoya las manos en la carrocería. ¡Vamos, muévete, no tenemos toda la noche!

Obedeció y en unos instantes le hube registrado. Todo lo que llevaba encima pasó a mis bolsillos, incluida una pistola que no le había servido de nada.

—¡Hasta llevas un petardo! —comenté, con ironía—. La próxima vez utiliza una metralleta, compañero.

Le sacudí un culatazo en la cresta y se desplomó. Tras esto me largué sin el menor remordimiento de conciencia, porque si aquel delgado individuo era quien contrataba los pistoleros en el asunto McAllister, merecía algo más que un culatazo.

Llevé el «Mustang» hacia lugares tranquilos. Pensaba que si habían seguido los pasos de McAllister antes de que éste regresara a su apartamento, tal vez el fulano conservara algunas notas entre sus papeles. La gente más lista suele cometer errores, de vez en cuando.

Vi un bar casi desierto y entré. Pedí *whisky* y fui a sentarme en una mesa apartada, cerca de un rincón.

Empecé por examinar los documentos. Estaban a nombre de David White, incluida una licencia de armas. ¡Qué cosas! Me maravilló cómo habían cambiado los tiempos. Antes, los sujetos de semejante catadura no se preocupaban por esas minucias. ¿Cuándo se vio un pistolero profesional con licencia de armas en el bolsillo?

Seguí revisando mi botín y así me enteré que me había ganado exactamente doscientos cuarenta dólares, más algunas monedas sueltas. No estaba nada mal.

En la cartera de bolsillo había varios papeles y ésos eran los que me interesaban realmente.

Había algunas notas que no me dijeron nada, unas cuantas tarjetas de gente de la que nunca había oído hablar, dos facturas pagadas, un resguardo de equipaje y varias invitaciones del «Club 46», un tugurio de lujo establecido en la carretera de Malibú.

También tenía un encendedor de oro, un llavero con tres llaves y otro con las del coche.

El tal White no debía tener vicios pequeños porque no llevaba tabaco. Quizá el mechero fuera sólo para ofrecer lumbre galantemente a sus conquistas.

Habría que revisar con calma y atención todos aquellos papeles, aunque empezaba a dudar que ninguno de ellos tuviera relación con lo que me interesaba.

Di otra mirada al resguardo de equipaje. Era de la terminal de

autobuses. No me pareció que el elegante David White fuera un tipo capaz de hacer viajes en autobús, de modo que decidí dar un vistazo a ese equipaje.

Había poca gente en la gran terminal, a esas horas, y el empleado de la consigna se aburría leyendo con desgana un periódico deportivo. Le presenté el resguardo y ni siquiera se dignó mirarme.

Fue a las estanterías y regresó con una maleta de regular tamaño. Me la entregó y dejándose caer en su taburete dedicó su atención otra vez al diario.

En un ángulo de la maleta había dos iniciales pequeñas:

GM

George McAllister…

Me di mucha prisa hacia mi casa. El botín conseguido en mi atraco de profesional estaba dando sus frutos.

Esta vez no encontré pistoleros esperándome. Todo estaba tranquilo y deseé que siguiera así durante mucho tiempo.

La maleta estaba cerrada con llave, pero abrirla no resultó ningún problema. Contenía ropas de hombre de buena calidad, utensilios de aseo y un grueso sobre de papel manila.

Cuando abrí el sobre cayó toda una catarata de billetes sobre la mesa.

De modo que allí estaban. Los sesenta y tantos mil dólares. Miré dentro del sobre, antes de apartarlo, y vi que contenía un papel amarillo. Lo saqué y entonces me quedé de una pieza, porque con aquello no había contado.

Era el resguardo de una cuenta corriente en un Banco de Burbank, con un saldo de doscientos siete mil dólares a nombre de George McAllister.

De modo que el fulano tenía, también, su buena hucha…

Me alegré por Marión. Luego conté el dinero y me encontré con sesenta y seis mil quinientos dólares. Pensé en la cantidad de dinero que estaba cayéndome en las manos en el endemoniado caso.

Separé cincuenta mil dólares y luego busqué el teléfono del hotel donde había llevado a la muchacha. Cuando oí su voz a través del auricular, las sensaciones de su última despedida se reavivaron.

—Estuve esperando que me llamases, Dan —dijo—. Apenas me moví de aquí o de mi oficina de la librería.

—Estuve trabajando.

—¿Averiguaste algo?

—Tengo tu dinero.

Dio un grito y durante unos segundos reinó el silencio en el aparato.

—¿Todo el dinero? —indagó, después.

—Dieciséis mil quinientos dólares, separados los cincuenta mil de la estafa.

—¡Dan, eres magnífico!

—Tuve mucha suerte.

—¿Vas a venir a traérmelos esta noche?

—Los guardaré en mi caja fuerte. He de ver a la policía cuanto antes, pero quiero que respondas una pregunta, Marión.

—¿Cuál?

—¿Sabías que tu marido tenía una cuenta bancaria en Burbank?

—No… ¿De veras la tenía?

—Seguro. Y con un saldo de doscientos siete mil dólares.

—Estás bromeando, claro.

—No, Marión. Tengo aquí el resguardo de esa cuenta.

—¡Pero si él nunca ganó dinero…!

—Ya imagino que no lo ganaría, pero el caso es que esa suma es la que hay en su cuenta corriente.

—Apenas puedo creerlo… Sin embargo, Dan, estoy segura de que no es dinero limpio…

—De cualquier modo, ahí está. Si no se demuestra que sea producto de algún delito, te pertenece.

—No creo que deba tocarlo. ¡Oh, Dan! ¿Por qué no vienes aquí y hablamos de eso?

—No me parece que sea lo más conveniente. Pero volveré a llamarte cuando haya hablado con la policía.

Me despedí apresuradamente y colgué. Luego disqué el número de Jefatura y pregunté por el teniente Stan Gaillard.

Su voz me llegó amortiguada por el tecleo de una máquina de escribir.

—Habla Marlowe, teniente.

—¡Hola! Ya oí de sus aventuras. ¿Cómo se las arregla para estar

metido siempre entre cadáveres?

—Debo ser gafe para cierta gente. Oiga, teniente, creo que he recuperado los cincuenta mil dólares que McAllister estafó.

—¡No me diga!

—Los tengo aquí, pero no quiero dar vueltas por la ciudad con todo ese fajo de billetes en el bolsillo. Soplan malos vientos para mí, estos días.

—También oí hablar de eso. ¿Dónde está, ahora?

—En mi casa.

—No se mueva de ahí. Estaré con usted antes de media hora.

Colgó y me fui a preparar un trago.

Tardó bastante menos de media hora. Tras los primeros saludos miró el montón de billetes y sonrió.

—Eso no va a gustarle al teniente Randall —comentó con sorna—. Ese rasgo de devolver un dinero que pudo haberse embolsado echará por tierra la mitad de las cosas que él le achaca a usted.

—Ya le entregué ciento cincuenta mil a Randall, y también aquellos pude haberlos escamoteado. Empiezo a creer que estoy haciendo el primo.

—Cuénteme cómo los encontró.

—Se lo diré, aunque reservándome algún pequeño detalle que podría ponerme en un compromiso. La cosa ya no puede ser más sencilla, teniente… Conseguí un resguardo de equipaje, pensé que ahí podía haber algo interesante y fui a retirarlo. Era una maleta llena de ropa de McAllister. Entre las ropas había un sobre con el dinero, todo el dinero, quiero decir.

—¿Cuánto?

—Sesenta y seis mil quinientos dólares. El resto es el que McAllister arrambló de su Banco, de las tiendas de libros y del apartamento, de modo que pertenece a su mujer.

Reunió los billetes, cuidadosamente. Formaban un fajo muy respetable.

—¿Qué más averiguó respecto a este asunto, Marlowe?

—Nada más.

Me miró evidentemente sin confiar demasiado en mi afirmación.

Sacudió la cabeza.

—Supongo —dijo—, que no podré saber cómo consiguió el resguardo de ese equipaje…

—De momento, prefiero reservarme este dato.

—Muy bien. Cuando tenga un momento libre venga a mi despacho. Habrá de redactar una declaración y firmarla, ya sabe.

—Lo haré.

Atrapó el fajo de billetes, se despidió y salió disparado.

Yo me enfrenté a una larga noche, sin ningún entusiasmo.

Entonces el teléfono rompió el silencio. Tal vez fuera Marión…

CAPÍTULO X

No era ella. Resultó la voz de un tipo con muy malas pulgas que dijo:

—¿Marlowe?

—Sí.

—Escuche con atención. Éste es el primer y único aviso. El siguiente será una tonelada de plomo.

—¿De veras?

—La otra noche tuvo suerte y salió vivo del tiroteo, pero no volveremos a fallar. Deje de meter las narices donde no se le perdió nada o le enterrarán. Además, empezamos a considerar la idea de darle lo suyo también a esa dama que le visita… la viuda, ya sabe.

—Déjenla al margen de este asunto. Ella no tiene nada que ver.

—De usted dependerá la integridad de ese monumento. ¿Lo entiende, Marlowe?

—Perfectamente.

Colgó sin más. Me revolvió las tripas esa amenaza, pero al pensar en Marión me dije que, tanto para ella como para mí, el caso había terminado con la recuperación del dinero, así que no había ningún impedimento para complacer al bastardo del teléfono.

Traté de olvidarlo y de decidirme a ir en busca de la cama. No me sentía muy seguro de mí mismo y temía sucumbir a la tentación de dirigirme al hotel donde Marión se alojaba… tenía la excusa de llevarle el dinero, pero yo sabía muy bien que eso era, simplemente, un pretexto. Estaban complicándose demasiado las cosas en ese aspecto.

Cuando llamaron a la puerta dejé de preocuparme por mis tentaciones. Empuñé el revólver y descorrí el cerrojo de la entrada.

—¡Está abierto!

Empujaron la puerta desde fuera y dos hombres dieron un paso adelante, sólo para detenerse en seco al ver el arma apuntándoles.

No me gustó verles. Uno de ellos ya era conocido. El otro no.

—Guarde ese petardo —refunfuñó el agente federal—. Ya está metido en demasiados líos para que se busque otro.

Llevaba un parche adhesivo en la cabeza y tenía un gran hematoma en la cara. Sus sentimientos hacia mí no debían ser muy cordiales.

Echó mano al bolsillo y me mostró su credencial. Su compañero le imitó y yo cerré la puerta resignadamente. Eso era algo que yo siempre supe que tenía que suceder desde el momento que les sacudí en la calle.

—A estas horas debería estar usted encerrado, Marlowe. Si fuera por mí, se encontraría ahora en una celda.

—Gracias por sus buenos deseos. Pero a mi modo de ver, usted y el otro compinche actuaron como vulgares matones y recibieron la respuesta adecuada. ¿Qué creen, que la gente adivina que son hombres del FBI sólo con verles las caras?

—Eso le salvó… debimos identificarnos desde el principio, pero queríamos evitar que se supiera que agentes federales trabajaban casi de modo paralelo en este asunto.

—¿Y han venido hasta aquí, sólo para presentarme disculpas?

El tipo soltó un bufido.

—¿Disculpas? Oiga, Marlowe, no me apure; tengo poca paciencia. Queremos que se aparte definitivamente de un asunto que es dinamita pura, y que, además, no le concierne en absoluto. Ya no volveremos a advertirle otra vez.

—Todo el mundo quiere echarme a un lado. Y ni siquiera sé qué está cociéndose bajo mis narices.

—No necesita saberlo. Sólo deje de inmiscuirse donde no debe.

El otro abrió la boca por primera vez. Dijo:

—Usted no es tonto, Marlowe. Sabe la cantidad de problemas que podemos crearle si continúa estorbando nuestra labor.

—Por lo que presumo, hasta ahora soy yo quien les crea problemas, incluso sin saberlo.

—Justamente. Y eso puede ser muy malo.

—Bien, de todos modos, caballeros, para mí el caso terminó. Buscaba a McAllister, y ya le encontré, aunque muerto. También he

localizado el dinero que le había birlado a su mujer, de manera que no tengo nada más que hacer.

Cambiaron una mirada intrigada.

—¿Qué es eso del dinero?

—McAllister abandonó a su mujer, y al hacerlo se llevó todo el capital que tenían. Dieciséis mil dólares, poco más o menos. Bien, habiéndolo recobrado ya, no tengo por qué continuar mezclado en este lío. Desde ahora es todo suyo.

—Háblenos un poco más de eso. ¿Cómo encontró el dinero, dónde lo tenía escondido McAllister?

—En una maleta.

—¿Qué más encontró en esa maleta?

—Ropa, su equipaje. Y un resguardo bancario del que todavía no sé nada, excepto el montante de la cuenta.

Nuevo cambio de miradas.

—¿Mucho dinero, Marlowe? —indagó el que yo había golpeado la otra noche.

—Yo diría que sí.

—¿Cuánto?

—No sé si debo decirles más… Incluso ignoro qué derecho tienen a preguntar respecto a un asunto que es asunto privado de la viuda, en la actualidad.

—McAllister estaba metido en un asunto muy grave, Marlowe. Todo lo que concierne a él, es delito federal.

—¿Qué delito?

Otro cambio de miradas y nueva vacilación.

—No estamos en condiciones de aclararle la naturaleza del caso, Marlowe. Pero dadas las circunstancias, sería preferible que accediera usted a colaborar voluntariamente… a menos que prefiera un recurso legal que le obligue a declarar.

—Ya veo.

—¿Cuánto hay en esa cuenta?

—Doscientos siete mil dólares.

—Claro —gruñó el otro—, la parte que le correspondió del millón…

—¿Qué millón? —dije.

—Un reparto —gruñó, evasivamente—. Ahora es cuando nos interesa usted, Marlowe. Usted y los pasos que dio en todo este

asunto… Por ejemplo, esa maleta. ¿Dónde estaba?

—En la consigna de equipajes de la terminal de autobuses. Conseguí el resguardo y la retiré.

—El resguardo, claro.

—Miren, si fueran un poco más explícitos y yo supiera lo que realmente buscan, quizá pudiera ayudarles.

—No podemos decir qué es lo que perseguimos…

Lo pensé detenidamente. Después de haber vapuleado a dos agentes federales, casi podía considerarse que les debía algo, teniendo en cuenta que, por lo visto, no iban a procesarme por la agresión.

—Está bien —decidí—, ignoro si les servirá de algo, pero junto con el resguardo obtuve algunos papeles más que, para mí, no tienen ningún significado…

Saqué la cartera de David White y se la entregué.

Se quedaron helados, al ver los documentos. Luego examinaron los papeles con creciente interés y, al fin, uno de ellos exclamó:

—¡Que me aspen! ¿Cómo obtuvo todo esto, Marlowe?

—White perdió la cartera.

—No me diga.

—¿Les sirve de algo?

—Posiblemente, sí… Echa un vistazo a esta numeración, Martin.

El otro se aplicó en el estudio de aquel pedazo de papel. Casi pude oír el chirrido de las ruedecitas de su cerebro.

—Coincide —gruñó—. Ahora tenemos algo a que agarrarnos.

—Esos números no me dijeron nada —advertí—. No puede tratarse de falsificación de moneda. Estas series nunca han pertenecido a billetes, que yo sepa.

—No se trata de papel moneda, Marlowe… ¿Qué sabe de ese tal White?

—Es un intermediario. Contrata pistoleros cuando alguien los necesita. Estoy convencido de que fue él quien contrató a los que mataron a McAllister.

—Los mismos que se llevaron algo del apartamento y que luego fueron asesinados.

—¡Ajá, eso es! No les perdonaron que me dejaran vivo.

—No diga tonterías. Les mataron por algo mucho más grave… Abrieron el maletín.

—¿Y qué contenía? —Traté de sonsacarles.

—No eran billetes falsos ni nada semejante.

—¿Drogas?

—Está perdiendo el tiempo, Marlowe. ¿Puedo usar su teléfono?

—Claro. Considérense en su casa.

Le oí hablar con alguien. Dio instrucciones para que David White fuera vigilado las veinticuatro horas del día y de la noche y luego colgó.

El otro comentó:

—Con toda seguridad, ese tipo nos llevará hasta los que le encargaron contratar a los dos pistoleros. Nos ha ayudado usted mucho, Marlowe… Eso hace que pueda olvidarme de sus golpes.

—Quizá pudiera ayudarles más si supiera el nudo de este embrollo.

Sacudieron la cabeza. El tal Martin, incluso, sonrió.

Él podía sonreír. Yo no le había abollado la cabeza.

—Marlowe, tal vez podamos informarle más adelante. De momento, considérese muy afortunado por estar vivo después de haberse mezclado en este asunto. Puedo decirle que son una gente que no se anda por las ramas…

Se embolsaron los papeles de White y los documentos. Puesto a colaborar, les entregué las llaves y el mechero de oro y se fueron muy satisfechos.

Quien no quedó tan satisfecho fui yo, porque nunca me ha gustado quedarme al margen de un asunto que, a juzgar por lo que acababa de saber, implicaba el manejo de millones.

Cuando me acosté, tenía la desdichada idea de que aquel par de amables muchachos me la habían dado con queso.

CAPÍTULO XI

Claudiqué a la mañana siguiente.

Así, sin paliativos. Ya dije antes que el hombre es un animal que nunca aprende.

Llamé a Marión y le dije que le llevaría el dinero a la oficina. Ella aseguró que estaba tan nerviosa que no pensaba ir a su tienda hasta la tarde, de modo que me dirigí al hotel.

Por supuesto, le llevaba los dieciséis mil quinientos dólares que eran suyos, pero mientras estacionaba el «Mustang» frente al hotel y delante de una boca de incendios, maldito si pensaba en el dinero.

Pensaba en ella. En sus piernas, en su cuerpo que era una filigrana imposible de olvidar, en su cara de ángel y en su boca que no tenía nada de angelical.

Estaba esperándome, por supuesto. Tal vez en honor a mi triunfo había ordenado que le subieran una botella de buen *whisky*, hielo y un par de vasos.

Por añadidura, llevaba una suerte de túnica blanca que si bien desdibujaba los firmes contornos de su cuerpo increíblemente bello, hacía que uno se lanzara a adivinarlo con todo su esplendor.

Cerró la puerta y me besó.

Así de fácil.

No fue un beso como el del coche, que dejó brasas en mi boca durante horas, pero tuvo la suficiente fuerza como para que empezara a ponerme en guardia.

—Dan… siéntate ahí. Beberás un trago para celebrar tu éxito.

—La gente del hotel se escandalizará. Hube de preguntar, abajo, por tu habitación.

Sonrió.

—Y yo acababa de pedir una botella, vasos y hielo. ¿Qué crees

que pensarán?

—Que se trata de un romance con cama incluida.

—No me importa lo que crean, Dan.

Preparó los vasos, y vino a sentarse a mi lado.

Bebí un largo trago.

Ella susurró:

—Dime la verdad, Dan. ¿Lograste olvidarme definitivamente?

—Lo intenté.

—¿Y…?

—Bueno, el tiempo ayuda en estas cosas. El tiempo, y otras mujeres.

—Claro.

Jugueteó con el vaso. Saqué el fajo de billetes y lo deposité sobre la mesita. Ella los miró sin demasiado interés y sonrió.

—Toda mi fortuna —dijo—. Y te la debo a ti. ¿Sabes una cosa, Dan? Cuando acudí en tu busca aquella noche, estaba casi segura que no me ayudarías. Pero eras mi última esperanza.

—Siempre fui bastante tonto con las chicas, Marión. Tú lo sabes mejor que ninguna otra.

—Si te refieres a lo que estoy pensando, la tonta fui yo. Me dejé cegar por un espejismo y lo he pagado muy caro.

—¿Y si olvidamos todo eso? Sólo vine a traerte tu dinero.

—Yo no estoy tan segura. Hubiera ido a tu casa hoy, si no hubieses venido.

—Marión, no trates de jugar, a estas alturas.

—Precisamente porque no se trata de ningún juego deseaba que vinieras.

La miré fijamente. Quería saber a qué atenerme.

Lo supe. ¡Y de qué modo!

Sus brazos se enroscaron en torno a mí y vi llegar su boca y ése sí que fue un beso con todas las de la ley. Sólo que, para entonces, yo estaba también un poco fuera de mis casillas y no me pilló de sorpresa. Quiero decir que puse algo de mi parte y en unos momentos todo pareció estallar a nuestro alrededor.

Fue una vorágine que nos arrastró hasta el límite de la cordura. Cuando se apartó, porque se ahogaba, aquella suerte de túnica blanca apenas tenía forma alguna y ella jadeaba pegada a mí como una segunda piel.

—Te necesito, Dan —musitó—. No sabes cuánto te necesito, porque yo nunca te olvidé.

—Tengo una agenda llena de números de teléfono y direcciones de chicas —dije—. Las reuní pacientemente, porque cada una me apartaba un poco de tu recuerdo. El sistema funcionaba bien mientras estaba con ellas, pero al volver a casa ellas se esfumaban y tú volvías a aparecer.

—¿No pensaste nunca en llamarme?

—Algunas veces, pero pensé que no tenía derecho a estropear tu felicidad.

—Nunca fui feliz.

—Luego estaba la casa. La habíamos comprado y amueblado juntos. Había recuerdos tuyos por todas partes. Pensé venderla y nunca pude hacerlo. Tal vez, en mi subconsciente, tenía aún la esperanza de que algún día volverías.

—Ahora puedo volver, Dan, si tú quieres.

—Me gustaría estar seguro de que la cosa saldría bien. Los dos hemos cambiado mucho.

—Sobre todo yo.

La apreté contra mí. Después de todo, ¿por qué no?

¿Por qué no empezar otra vez?

Me hundí en su boca. La oí gemir entre dientes y su aliento parecía una llama viva.

¡Al diablo con el pasado, con la amargura y la soledad de todos aquellos años perdidos!

Cuando la túnica blanca voló como un ángel vencido, ella y yo empezamos otra vez, como si el tiempo no hubiera pasado.

* * *

Aquella tarde fui a Jefatura y redacté una declaración respecto a cómo había encontrado el dinero de McAllister. Esperé a que la pasaran a máquina y luego la firmé ante la mirada viva del teniente Gaillard.

—Hizo usted un buen trabajo, Marlowe —comentó, satisfecho—. Quizá algún día pueda corresponderle.

—No le diga eso a Randall. Le daría un infarto.

—No es tan malo como parece —se echó a reír—. Lo único que le amarga la vida es tener un cadáver entre manos y no saber qué

hacer con él. Y ahora tiene varios… McAllister, aquella pobre chica, los pistoleros… Ya sabe lo que quiero decir.

—No me pida que derrame lágrimas por él.

Me levanté. Ya no tenía nada que hacer allí.

En realidad, no tenía nada que hacer hasta la hora de cierre de las tiendas, en que debía recoger a Marión en su librería.

Abandoné el edificio policíaco y anduve, sin prisas, rumbo a mi oficina. El sol de la tarde ponía de manifiesto la neblina que envolvía la ciudad. Unos años más y Los Ángeles se convertiría, en cuanto a contaminación en una réplica de lo que fuera Londres en otro tiempo. No tenemos remedio.

Mi oficina profesional estaba bien montada y albergaba algunos lujos destinados a impresionar a los clientes.

Entre esos lujos hubo una bonita secretaria, hasta unos días antes. Sólo que ella decidió cambiar de profesión y se convirtió en ama de casa, con un marido y la esperanza de unos hijos, y aún no me había decidido a buscar otra.

Me senté allí, solo, pensando en esto y aquello, que es tanto como no pensar en nada concreto. Sólo quería que pasara el tiempo, porque Marión se había introducido de nuevo en mi sangre y no cabía darle vueltas.

Vi morir la tarde y al fin llegó la hora de ir a su encuentro.

No pude llegar ni a la puerta. El teléfono empezó a sonar y regresé sobre mis pasos.

—Marlowe al habla —dije, impaciente.

—Escuche bien, desgraciado —dijo una voz.

Escuché. Oí un grito agudo y el corazón me subió a la garganta.

Era la voz de Marión.

Luego, el tipo cacareó:

—¿Oyó a su amiguita, Marlowe?

—Seguro. ¿Dónde está?

—A menos de dos pasos de este teléfono. La tenemos sujeta para que no alborote… aunque casi preferiría que lo hiciera… sólo como pretexto para ponerle las manos encima, Marlowe. Juro que nunca había visto una gata como ésta.

—¡Al grano, hijo de perra!

—Bueno, al grano, entonces. Si quiere verla entera, Marlowe, venga a por ella. Desarmado, solo y sin ninguna escolta.

—Ya entiendo. Entonces nos liquidarán a los dos.

—¿Por quién nos ha tomado? ¿Por la peste? No, hombre… sólo le estropearemos un poco a usted. Debió hacer caso y no meterse donde nadie le llamaba.

—¿Qué pasará con ella?

—La soltaremos, tan pronto usted llegue. Tiene mi palabra.

—¡Me cisco en tu palabra! Quiero otras seguridades de que no le pasará nada a la muchacha.

—Me parece que no lo entiende. Ella está aquí, en nuestras manos. Usted no puede exigir nada… sólo venir pacíficamente, si desea que esa dama conserve su cara bonita. No hay alternativa, Marlowe. O usted viene o ella muere. Bueno, eso es un decir, porque hay infinidad de cosas que hacer con una mujer así, antes de liquidarla.

—Quiero hablar con ella.

—¿Para qué? No podrá decirle donde está.

—¡Quiero hablarle!

—Bueno…

Oí unos ruidos y después la voz aguda de Marión.

—¡Dan! —gritó.

—¿Estás bien, nena?

—Sí…, pero golpearon a la dependienta de la librería, cuando me sacaron de allí.

—¿Oíste lo que dijo ese tipo?

—Sí, Dan. ¡No vengas… no vengas pase lo que…!

Se interrumpió bruscamente. Oí un golpe y un grito y después otra vez la voz del pistolero.

—Hágale caso a su chica, Marlowe —dijo—. No venga y nos divertiremos un rato. Después, tarde o temprano, iremos a por usted.

—Está bien, puerco hijo de una cerda. ¿Adónde se supone que he de ir?

—Tome ese coche tan bonito que tiene y conduzca hasta Wilsire y La Brea. Párese en la esquina y espere.

—¿Cuándo?

—Una hora, Marlowe, cuando haya oscurecido. Y nada de polis o ella… Ya sabe.

Colgó.

Yo me di a todos los diablos, porque sabía bien que aquélla era una de esas situaciones de cara y cruz. Uno de esos juegos en que uno siempre pierde…

Fui en busca del coche y conduje hacia casa, a una velocidad endiablada. Metí el coche en el garaje y cerré la puerta, quedándome dentro.

Tal como estaban las cosas no tenía muchas esperanzas de volver a conducir el «Mustang» después de esa noche…

Una hora más tarde estaba en camino, esta vez conduciendo con cautela a través del denso tráfico del anochecer.

No llevaba armas, porque aquellos tipos eran profesionales. No había avisado a la policía porque cualquier cosa que hubiera que hacer había que hacerla desde dentro, si me daban una sola oportunidad de intentarlo.

Estacioné el coche en el lugar indicado y esperé, jurando y maldiciendo entre dientes.

Pasó otra hora sin que nadie se acercara a mí. Comencé a experimentar una profunda angustia, porque si habían cambiado de idea Marión no tendría ni la sombra de una esperanza.

Entonces, al fin, un individuo se acercó al coche, miró por la ventanilla asegurándose de que yo estaba solo en el vehículo, y con un gruñido se deslizó al asiento de mi lado.

—Buen chico, Marlowe —cacareó, con sorna—. Vamos a ver a su preciosa querida.

—¿Adónde?

—Yo le indicaré. De momento, hacia el sur, más allá de La Brea.

Puse el coche en marcha y empezamos el recorrido.

CAPÍTULO XII

Había tres hombres en aquel sótano. Uno de ellos era David White. Los otros dos no los había visto nunca, y su aspecto no era el de pistoleros de tres al cuarto, sino de gente importante en su esfera.

El que me había servido de guía anunció:

—Vino como un cordero… No abrió la boca en todo el camino.

White se acercó a mí y me descargó un trallazo a la cara. Esquivé a duras penas y aunque el tipo no era demasiado fuerte el golpe me dolió lo suyo.

—¡Te haré pedazos, Marlowe! —anunció—. Sólo por el golpe en la cabeza.

—¿Cómo sabes que fui yo, White?

—Te vi reflejado en el cristal de una ventanilla del coche.

—Ya veo. ¿Dónde está Marión?

—Arriba, bien sujeta.

—Suéltenla, ahora que he llegado.

White enseñó los dientes en una mueca.

Los otros rieron.

—¿De veras pensó que lo haríamos así? Es usted idiota. Marlowe. La chica no saldrá de aquí viva.

Contuve las ganas de saltarle encima. En mi fuero interno, siempre había sabido que no la soltarían. Esa clase de chacales no trabajan de ese modo.

No obstante, dije:

—Van a soltarla, White.

—Seguro.

—Vine dispuesto a hacer un trato.

De nuevo se rieron. El que me había traído estaba junto a la puerta. Debía ser quien hacía los recados porque, juzgando por su

aspecto, estaba muy por debajo de los otros.

—¿Aún crees que estás en condiciones de hacer ningún trato, Marlowe?

—Seguro.

—Voy a hacerte pedazos, y después le tocará el turno a esa monada que hay arriba, atada a una cama. ¿Qué diablos de trato puedes ofrecer?

—Sé que hay federales siguiéndoles la pista… esos tipos de Washington trabajan bien, White. Eso todo el mundo lo sabe.

Dejaron de reírse y uno de los dos jerifaltes habló:

—¿Adónde quieres ir a parar, Marlowe? Ya sabemos que el FBI está trabajando en este asunto.

—¿Qué asunto?

—Bonos, idiota. Bonos del Tesoro, más falsos que un dólar de plomo, pero que en Europa se venden como agua, además de la salida que tienen en los estados del Medio Oeste.

—Ya entiendo… lo que McAllister guardaba eran las planchas de impresión. Tenía que ser así, porque él era lo bastante idiota para creer que podría llevar el negocio solo…

—Ni más ni menos. Y ahora, gran tipo, vas a tener tiempo de arrepentirte de todos tus pecados… mucho tiempo, Marlowe.

—Aún no hemos hablado del trato.

—No hay trato.

—Entonces, todo lo que había en tu cartera, White, irá a parar a manos de la policía, incluida una lista con numeraciones de serie de los bonos.

Se quedó muy quieto, mirándome como una serpiente.

Los otros dos no se quedaron tan quietos. Saltaron hacia él, y de un zarpazo casi le levantaron del suelo.

—¿Qué infiernos es eso de una lista de números de bonos, David? —tronó el más corpulento.

—Creo… creo que llevaba unas anotaciones en la cartera…

Estaba asustado, y su terror crecía por momentos.

El otro le sacudió un tortazo que lo mandó, dando tumbos, al otro extremo del sótano. White se quedó allí, acurrucado, sorbiendo la sangre que brotaba de su boca rota.

—¡Imbécil de los demonios! —rugió el que le había golpeado—. Nunca serviste para maldita la cosa… ¡Usted, Marlowe!

—¿Sí?

—¿Dónde está esa lista? Y no nos haga perder el tiempo.

—Todo el contenido de la cartera, a cambio de la vida de Marión. Déjenla libre y tendrán lo demás.

—Nones. O dice, ahora mismo, el escondite de ese material, o empezamos a derramar ácido sobre la cara de su amiga. Eso no les gustaría a ninguno de los dos. Una cosa es morir de un balazo en la nuca, y otra muy distinta quemado con ácido corrosivo.

—Usted gana —dije, rechinando los dientes—. La cartera está en el portaequipajes de mi coche, metida en la caja de las herramientas.

—Sólo por colaborar morirá de un tiro, Marlowe.

—Es usted muy amable.

—Tú, ven conmigo. ¿Están las llaves en el coche?

—Puestas en el táblier.

El hombre grandote y el tipejo que me había traído se fueron escaleras arriba.

El otro me miró con el ceño fruncido. White se había levantado y fue a sentarse en una silla.

El otro comentó:

—No lo comprendo, Marlowe… Se ha rendido con mucha facilidad.

—¿Qué esperaba, que dejara convertir la cara de Marión en unos zorros? No podía hacer otra cosa.

—Está bien, siga quieto ahí y no se mueva.

Me mostró la pistola que llevaba metida en el cinturón, sólo para que supiera que estaba allí.

White estaba muy ocupado restañando la sangre que continuaba manando de su boca.

Tensé los músculos disponiéndome a saltar… ya no podía tardar mucho…

Sonó como si se desatara un terremoto. Una explosión con todas las de la ley, y mientras yo me lanzaba sobre el tipo armado aprovechando su estupor por el tremendo estallido, imaginé los pedazos de mi coche volando por los aires, mezclados con los fragmentos de los dos tipos que habían abierto el portaequipajes…

Caí sobre el fulano, y los dos rodamos como fardos. Atrapé su mano cuando se cerraba en torno a su pistola y le apreté

salvajemente para que no pudiera sacarla. Golpeábamos como locos, y White gritaba algo saltando en torno, como una rana.

Hubo un espantoso estrépito al derrumbarse parte de la fachada de la casa. Pensé que nos iba a enterrar bajo los escombros y me dije que quizá había colocado demasiada dinamita en el coche…

En uno de los vuelcos quedé encima y machaqué la cara contraída del fulano, con toda la cólera de que era capaz. White me cazó con un puntapié en la cabeza y vi un montón de estrellas…

Continué aferrado a su mano. Él no podía sacar la pistola del cinturón, pero yo no podía valerme, tampoco, de aquella mano.

Entonces sonó un disparo y noté la brusca contracción del tipo bajo mi peso. Sus ojos se desorbitaron y todo él se aflojó.

White chilló como una rata. Arranqué la pistola que acababa de dispararse y me volví a tiempo de ver a White precipitarse hacia mí enarbolando una silla.

Levanté la pistola. Él vio demasiado tarde lo que se le venía encima y quiso detenerse. Disparé y se fue hacia atrás. La silla le cayó sobre la cabeza y White se derrumbó como si no pudiera resistir su peso.

Me levanté mareado. Entonces noté, por primera vez, el hedor de la dinamita y el polvo que inundaba la escalera, y el estrépito de los cascotes del edificio que seguían cayendo como una ruidosa lluvia.

Me lancé escaleras arriba, con la pistola en la mano.

Al llegar, yo había visto que aquélla era una casa de dos plantas. Ahora, era sólo media casa.

—¡Marión! —grité.

Seguí subiendo al piso superior. Parte de aquella escalera se vino abajo, apenas la acabé de salvar.

Marión estaba atada y amordazada, sobre una cama sin colchón. Sus ojos me miraron enloquecidos, envuelta en polvo y humo, y yo tampoco debía tener muy buen aspecto por cuanto no pareció alegrarse mucho al verme.

Luego, cuando la libré de las cuerdas y la mordaza, se echó en mis brazos sollozando, histérica perdida.

La llevé en vilo, semidesnuda como estaba, hacia las escaleras. Llegar abajo fue una odisea. Corrí a través de la mortífera lluvia de cascotes y salí al jardín.

De mi «Mustang» quedaba un montón informe de chatarra retorcida.

De los dos tipos que abrieron el portaequipajes donde yo había conectado la bomba, no quedaba nada.

Oí los gritos de la gente que acudía. Marión sollozaba.

Iba a ser un lió de todos los demonios.

—Iremos a casa —dije—. Cuando terminemos con los polizontes nos iremos a casa, Marión.

Asintió y dejó de llorar.

Pensé que, realmente, en algunas ocasiones las agujas del reloj pueden hacerse retroceder a través del tiempo…

Cuando llegásemos a nuestra casa, todo podría volver a empezar.

Y así fue.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los
ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D’Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.